

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LA CRIPTA DEL DIOS DE JADE

FRISÁ

LA CRIPTA DEL DIOS DE JADE

CURTIS GARLAND

Colección. ¡KIAI! n.° 23
Publicación semanal EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

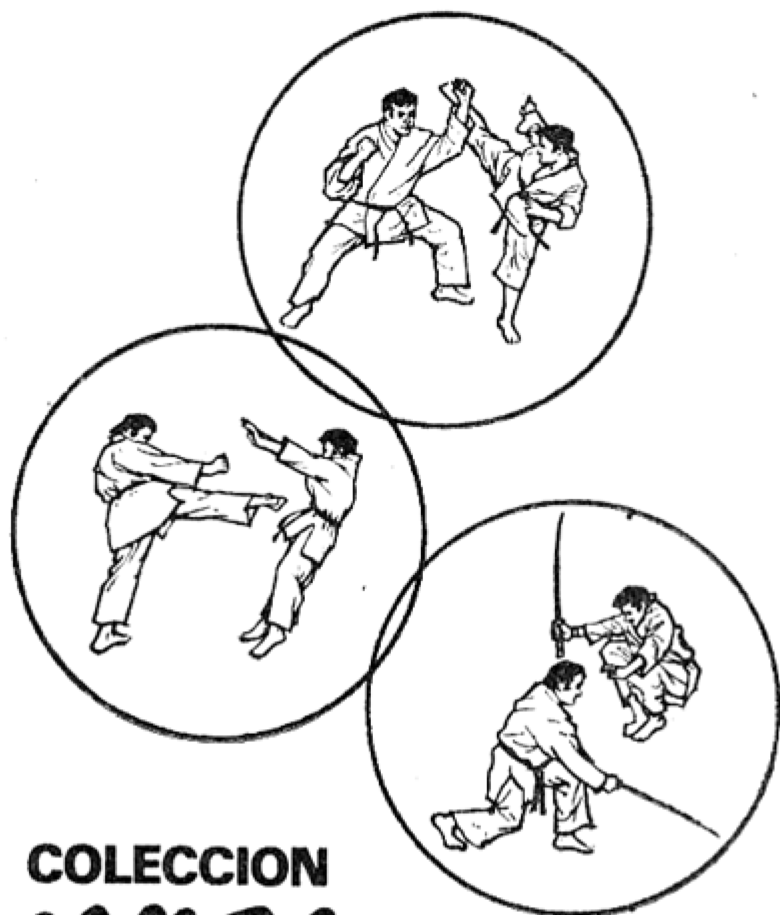
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

18 — Hombres sin alma - *Clark Carrados.*
19 — La sombra del Samuray - *Curtis Garland.*
20 — Coro de ángeles - *Lou Carrigan.*
21 — Budokas contra la gripe - *Ralph Barby*.
22 — Un castillo en Escocia - *Clark Carrados.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 11,896 — 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: mayo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1977



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CAPÍTULO PRIMERO
LA OSCURA PIEL DEL CRIMINAL

LOS faros del automóvil se apagaron.

El hombre de gabardina marrón miró al exterior, a través de las ventanillas del coche. No vio señal alguna de vida en el paraje desierto y oscuro.

Pero era la hora señalada para la cita, y eso era lo que importaba realmente. Suspiró, tomando el maletín que llevaba junto a sí. Sin retirar las llaves del encendido, abrió la portezuela y salió.

Pisó el asfalto mojado, con charcos oscuros, donde se reflejaban los reverberos de lejanas luces portuarias. En alguna parte, allá en la bahía, sonó la sirena de algún remolcador, abriéndose paso en la neblina húmeda y pegajosa.

El hombre de la gabardina marrón miró en torno, una vez más, antes de cerrar la portezuela y echar a andar con el maletín en su mano. El reflejo de la luz; hirió sus gafas montadas en metal, bajo el ala del sombrero verde oscuro. Era una bombilla, colgando allá, en un *pier*, entre dos tinglados. Había dejado de llover poco antes, pero el suelo mostraba todavía abundantes charcos, donde chapoteó el calzado del hombre.

Sus pasos le llevaron sin prisas, con suma precaución, en dirección a la orilla del mar, donde se hallaban anclados numerosos barcos pesqueros o de carga. Seguía sin ver a persona alguna en las proximidades, como si estuviera él solo en la zona portuaria, con su carga que parecía valer más de lo que aparentaba, ya que la mano que oprimía el asa del maletín plano de ejecutivo, estaba ahora sujeta a éste por un cierre de seguridad, a base de una pulsera de acero, una cadena y una especie de candado sobre la negra valija.

Rodeó uno de los tinglados del *pier*, asomando a un amplio rectángulo donde se hallaban apiladas numerosas balas de algodón y pesadas cajas de maquinaria agrícola, a la espera de ser cargadas, Unas vías de hierro, para vagonetas de carga brillaban fríamente, con destellos azulados, bajo la oscilante luz de la bombilla del otro tinglado.

El hombre del maletín se detuvo. Giró la cabeza, escudriñando tras sus gafas todos los rincones en sombra del lugar. Esperaba la llegada de alguien. Y estaba comenzando a impacientarse.

Miró su reloj de pulsera. Ya pasaban cuatro minutos de la hora

señalada. Alguien se estaba demorando en acudir a la cita. Y ese alguien no era precisamente él…

—¿Señor Prescott?

La voz había sonado, de pronto. Era un sonido metálico, áspero, que surgió de pronto de una zona en sombras situada a su izquierda.

Vivamente, el hombre del maletín se volvió hacia allá. Trató de escudriñar la oscuridad, en busca de la persona que hablara. No lo logró.

—Sí —dijo secamente—, Howard Prescott en persona. ¿Con quién hablo?

Una corta pausa, Luego, la misma voz impersonal respondió:

—Usted sabe quién soy. Estábamos citados aquí, ¿no es cierto?

—Cierto, sí. Pero quedó en darme un nombre clave cuando llegase, para darse a identificar y que no hubiera errores… —insistió el hombre del maletín.

—Muy bien. Puede estar tranquilo. Mi nombre es *Jaguar*. ¿Responde eso a su pregunta, señor Prescott?

—Sí —asintió, con un suspiro, el hombre—, ¿Ha traído lo… lo que debe entregarme?

—Tenga paciencia, señor Prescott. Todo va a resolverse aquí, ahora mismo. No tiene nada que temer. Si el dinero está en el maletín, no habrá problema alguno.

—Está todo lo que pidió. Hasta el último dólar. Ahora soy yo quien debe ver lo que han de entregarme, como representante que soy, de la familia Cranston.

—Espere aún. Falta un trámite: abrir ese maletín, y depositarlo a unas veinte yardas de donde usted está. Justo cuando ello suceda, y si el informe de nuestro enviado es positivo, usted recibirá lo que ha venido a buscar. Todo ello sin moverse y sin meter las manos para nada en sus bolsillos ni ocultarlas a la espalda, ¿entendido? Cualquier alteración de esas normas, implicará la definitiva ruptura del acuerdo.

—Muy bien —silabeó el llamado Prescott—, Pero traje sujeto al brazo el maletín, para evitar problemas…

—Muy bien. Prudente medida. Abra el cierre y deje el maletín en el suelo. Es todo.

Prescott extrajo una llave. Abrió la cerradura de la cadena del maletín, y soltó el cierre, dejando la valija en medio del claro, bien visible a la luz. Él se apartó, hasta calcular mentalmente la distancia señalada. Se quedó clavado, los brazos bajos, las manos visibles.

Esperó. De las sombras, surgió un hombre con impermeable negro. Avanzó cautelosamente hasta la valija. Se agachó, accionando los cierres metálicos. Alzó la tapa. Un chorro de luz, procedente de una linterna, se proyectó sobre los fajos de billetes apilados en su interior.

Prescott observó que las manos del hombre estaban enguantadas, y que mía bufanda cubría el rostro, bajo un sombrero negro impermeable, haciendo irreconocible a aquella persona.

Transcurrieron unos segundos. Muy pocos. El tipo parecía listo, en su trabajo. Y era un trabajo agradable contar billetes. Sobre todo, cuando eran ciento cincuenta mil dólares en billetes de cincuenta dólares; usados y sin numeración correlativa, conforme las exigencias de *Jaguar*.

—Está bien —dijo al fin el enmascarado, incorporándose—, Todo conforme. No se mueva de ahí, señor

Prescott. Debo ser yo quien dé la señal de conformidad a *Jaguar*. Entonces terminaremos esta operación.

—¡Sí, entiendo! —asintió el mensajero que llevara hasta aquel sórdido lugar de los embarcaderos de San Francisco, una pequeña fortuna en un maletín—. Espero, no se preocupe.

—Yo no me preocupo —rió huecamente el tipo de la bufanda—. Nunca me preocupo. Es usted quien debe preocuparse porque todo esto salga bien.

—Está bien, me siento *muy* preocupado. ¿Eso le satisface?

—No. Me deja indiferente, es todo —suspiró el desconocido—. A mí sólo me interesa el dinero, ¿comprende? Nada más que eso…

—Lo supongo —se encogió de hombros Prescott con cierta amargura, contemplando el repleto maletín que pasaba ahora a poder del hombre de la bufanda—. Ahora espero que cumplan su parte, sólo eso.

—Es cuestión de momentos —se incorporó lentamente el desconocido, volvióse hacia el oscuro pasaje entre dos edificios destinados a almacenes portuarios, e hizo un gesto ostensible, echando a andar hacia allá, con la maleta en su mano, tras haberla cerrado otra vez. Su voz sonó alta, fuerte—: ¡Está todo bien, *Jaguar*! ¡Puede ser liberada la chica! Aquí está el dinero, en las condiciones exigidas…

En el pasaje oscuro brilló repentinamente una luz. Un potente faro, el de una motocicleta, sin duda alguna, ya que era una sola fuente de claridad, circular y deslumbrante. Y la anchura del pasaje no permitía la presencia en él de ningún vehículo de cuatro ruedas.

Evidentemente, era la señal. Porque luego, roncó un motor, y se aproximó lentamente hacia la desembocadura de la zona oscura. Prescott confirmó su idea de que se trataba de una motocicleta.

Esta se detuvo justo a la salida. Una figura oscura era apenas visible en el sillín del vehículo. Ante él, una figurita más pálida y diminuta, se irguió, comenzando a bajar de la moto. Su voz sonó clara en los oídos de Prescott:

—¡Señor Prescott, quiero ver a papá! ¡Quiero verle…! ¿Verdad que

viene usted a por mí?

Prescott, emocionado, comenzó a asentir. La niña de los Cranston ponía ya sus piececitos en el suelo. El conductor de la motocicleta, evidentemente enmascarado también —sin duda se trataba del misterioso *Jaguar*, no se movía del sillín, con lo que su pasividad significaba que el canje entre los secuestradores y el mensajero de la familia Cranston, con el dinero del rescate, era ya virtualmente una realidad.

Y entonces, precisamente, se produjo el desastre.

Lo que, sin duda, ni uno ni otro bando había logrado prever.

Sucedió todo tan súbitamente, que hubiera sido imposible evitar que las cosas fuesen de otro modo.

Además, los que podían poner algún obstáculo a aquella forma de muerte que se presentó imprevisiblemente, abatiéndose sobre algunos personajes del tenso drama que estaba a punto de culminar felizmente para todos… y que desembocó así, violentamente, en una nueva tragedia.

Una tragedia simbolizada por una figura que apareció, de repente, saltando con la elasticidad de una pantera negra, en medio del *pier*, desde el tejado metálico de uno de los tinglados.

La figura cayó justamente al lado del hombre que ahora poseía el maletín. Una especie de gigantesco felino oscuro, con apariencia humana.

El hombre enmascarado con la bufanda, lanzó un grito ronco, de sorpresa y sobresalto. Sujetando contra sí el maletín, buscó en sus ropas, extrayendo una mano armada de una pistola provista de silenciador, al tiempo que gritaba:

—¡Traición! ¡*Jaguar*, recupera a la niña! ¡Es una emboscada!

En el callejón oscuro, el misterioso conductor de la motocicleta entró en acción, dejando su pasividad atrás. Su brazo se estiró rápidamente, aferrando de nuevo a la muchachita joven, casi una niña, a quien rodeó la cintura, atrayéndola hacia sí con violencia, y cargándola sobre su motocicleta, como si ésta fuese un caballo salvaje y la acción un hecho propio de tiempos de violencia en aquellas tierras del Oeste del país, pero cíen años atrás.

La pequeña de los Cranston gritó agudamente, con terror, al verse de nuevo proyectada hacia atrás, al sillón del vehículo de dos ruedas, cuyo motor rugió poderosamente, al tiempo que el hombre del rostro enmascarado por la bufanda oscura, intentaba usar su arma automática contra la figura fantasmal caída de los tejados metálicos circundantes.

No tuvo éxito en ello. Por su parte, mientras tanto, a la desesperada, viendo en repentino peligro la operación, y advirtiendo

borrosamente Howard Prescott que una tercera fuerza intervenía en la cuestión, quizá arruinando de modo definitivo y tal vez trágico, el acuerdo a que llegaran secuestradores y víctimas, el portador del maletín de los ciento cincuenta mil dólares se precipitó como un rayo hacia el lugar donde apareciera el inesperado personaje, intentando ayudar a sus interlocutores en aquel nuevo e imprevisible choque.

Ocurrió lo que menos podían esperarse el portador actual del maletín y su interlocutor, Prescott, cuando la figura oscura les atacó, con un movimiento vertiginoso y elástico de sus músculos.

Un grito ronco escapó de una garganta, ligeramente agudo y brusco:

—*¡Kiai!*

Luego… unos brazos oscuros, color de la noche, golpearon a ambos con una precisión y contundencia pasmosas. Fueron dos impactos simultáneos, con las dos manos en forma de cuchillo.

Una de ellas, se clavó, en seco impacto, en la nuez del portador del maletín, bajo su bufanda oscura. La otra restalló, al estrellarse, de canto, sobre el rostro de Prescott, justo debajo de su nariz, allí donde nacían los pelos rojizos de su frondoso bigote.

Como si hubieran sido dos hachazos en la nuca o dos mazazos que hundieran su cráneo, ambos se desplomaron en seco. El maletín escapó de la mano del enmascarado, y con una agilidad increíble, la mano del agresor que gritara aquel *¡Kiai!* bronco y áspero, aferró la valija en el aire, al tiempo que iniciaba la retirada.

La motocicleta, con su foco proyectado hacia adelante, se lanzó hacia la figura oscura. El raudal de blanca luz, hendiendo las tinieblas de la noche, destacó nítidamente un cuerpo ágil, felino, con *blue jeans* azules, gastados, deshilachados sobre los mocasines, con una camisa mal abotonada, que hacía destacar unos pechos macizos, evidentemente femeninos, y, por cierto, lo suficientemente desarrollados y hermosos para que no hubiera error al respecto.

Por encima de todo eso, la luz hizo destacar un rostro bello, moreno, una crespada melena rizosa, a lo Angela Davis… ¡Una mujer de color, mirando agresivamente hacia la luz, hacia la motocicleta lanzada vertiginosamente sobre ella por el misterioso *Jaguar*, portador de la niña secuestrada!

La moto zumbó, haciendo maullar sus poderosos neumáticos sobre el asfalto. Era una «Harley Davidson» especial, capaz de pulverizar, incluso, a un automóvil, si hacía impacto con él.

Pero ya no alcanzó a nadie. La figura femenina, la pantera negra de rizosa y abundante melena crespada, había dado otro salto agilísimo, alcanzando lo alto de las balas de algodón acumuladas en el puerto, y de allí a los tejados, tardó escasos segundos, mientras en la

distancia ululaba una sirena policial, aproximándose rápidamente al lugar.

El *Jaguar*, el enigmático ser que conducía la «Harley Davidson» y retenía contra sí a la pequeña Cranston, detuvo su vehículo, empuñando con la mano, libre ahora del manillar, una poderosa «Parabellum» con silenciador. Buscó a la fugitiva figura, disparó dos balazos a los tejados, que zumbaron con un ahogado *¡ploc!* Y, finalmente, comprendió, ante el silencio que le rodeaba, que el enemigo había escapado.

—¡Maldito sea…! —jadeó—. Debió ser un truco de esos Cranston… o de la policía…

Regresó con la moto junto a su compinche. Se inclinó. Sin bajar de la motocicleta, sin soltar a la aterrorizada adolescente, pulsó el cuello de su compinche, bajo la bufanda.

Estaba muerto.

—Muerto… —jadeó—. El golpe le rompió la tráquea. Un simple golpe…

Luego, el *Jaguar* se agachó sobre Howard Prescott, dispuesto a vaciar sobre su cuerpo el cargador de su arma, dominado por la ira, antes de alejarse de allí. Pero su sorpresa fue en aumento con el nuevo hallazgo, al examinar al caído, al hombre de la gabardina marrón que trajera hasta allí el maletín con el dinero.

También estaba muerto.

—¡Cielos…! —musitó—. Le provocó una fractura mortal, en la base de la nariz… Tiene el rostro virtualmente roto, los huesos y cartílagos destrozados…

Observó la hemorragia lenta que brotaba por los apretados labios del infortunado. Rápidamente puso en marcha la motocicleta, alejándose de allí vertiginosamente, a todo gas su formidable vehículo de dos ruedas, sin soltar del sillín a la niña raptada.

—El que hizo eso… —murmuró el *Jaguar* a plena carrera, hablando consigo mismo, aunque la niña podía oír sus palabras roncas —. El que hizo eso… era un luchador, un experto en Artes Marciales, es evidente… Nadie, sino una persona así, hubiera matado a dos hombres vigorosos, con dos simples golpes… ¡Y era *una mujer de color*!

Las sirenas policiales se aproximaban cada vez más. Pero también la poderosa «Harley Davidson» se perdía ya en el dédalo tortuoso y sombrío de los embarcaderos de San Francisco…

Capítulo II
TESTIMONIO ELECTRONICO

EL teniente Dobkin se apartó de los dos cadáveres que sus agentes cubrieron con las sábanas, para depositar posteriormente en las camillas. Esperaban allí las ambulancias, los coches-patrulla; todos ellos haciendo girar repetidamente las luces sobre sus techos.

—Ya puede llevárselos —dijo el oficial de Homicidios con tono grave—. No hay mucho por ver aquí, ahora…

El sargento Miller asintió, dando la orden oportuna. Luego miró a su jefe, profundamente preocupado.

—¿Qué opina usted de todo esto, señor? —quiso averiguar.

—No lo sé aún —confesó el policía—. Sólo sé que uno de esos hombres era Howard Prescott, abogado de carrera, y administrador de la familia Cranston. Había sido elegido para entregar el rescate por la pequeña Molly Cranston, secuestrada hace dos semanas. Eso es todo lo que sé sobre esto. Ahora encontramos el cadáver de Prescott… y el de un desconocido. Justo en el lugar elegido para el encuentro y la entrega del dinero. Y ambos, muertos.

—Pero muertos… ¿cómo, teniente? —se intrigó el sargento Miller.

—No lo sé, aún. Debe darnos el informe, el forense. Pero por lo poco que he visto, parece que el abogado tiene rotos los huesos y cartílagos del rostro, en un golpe mortal. Y el desconocido parece haber sufrido una fractura de tráquea que le provocó la muerte.

—Extraño modo de matar, ¿no le parece, teniente?

—Muy extraño, sí —confesó el oficial, ceñudo—. Soy un profano en la cuestión, pero yo diría…

—¿Qué diría, señor?

—No sé… Que fueron dos golpes matemáticos. Perfectos y precisos. Como los que daría un luchador, un… un *budoka.*

—Pero, señor, los *budokas* nunca… nunca matan… Lo tienen prohibido.

—Sí, lo sé —se exasperó el policía—. Tengo amigos *budokas*, sargento. Conozco su código del honor, la moral… y todo eso. Pero lo cierto es que algo así ha tenido que ser. De otro modo, esto no tiene clara explicación…

—¿Qué investigamos por tanto, señor?

—Todo lo relativo a los Cranston, al secuestro de la pequeña, al abogado Prescott, a ese hombre, si es identificado… En suma, cuanto

sea rutinario en tales casos, sargento. No tenemos nada más que hacer. Al menos, por el momento…

—Sí, teniente. Así lo haré. ¿Quiere el informe forense lo antes posible?

—Por supuesto. A ser factible, a primera hora de hoy mismo, sargento. Dígaselo así al doctor Crane…

Los cuerpos fueron introducidos en la ambulancia. Esta partió hacia el único lugar de San Francisco donde tenía ya sentido llevar su fúnebre carga: la Morgue.

El teniente Dobkin caminó arriba y abajo, dando vueltas al lugar del suceso, examinando los charcos, como si en ellos pudiera haber una solución a algo, la que fuese.

Sus expertos intentaban obtener huellas del asfalto, ligeramente embarrado por la lluvia de la noche y principios de la madrugada. Al fin, uno le llamó:

—¡Teniente! ¿Puede venir un momento?

—Claro —Dobkin se acercó con su paso largo y rígido—. ¿Algo importante?

—No sé aún, señor —el experto le mostró unos moldes—. Había huellas en ese barrillo de ahí, al pie del tinglado. Y también Jenkins ha obtenido otras en el tejado metálico… Parece que alguien saltó desde allí, al suelo. Y regresó por el mismo lugar. Alguien muy ágil, ¿eh? Y calzaba mocasines planos…

—Mocasines… —Dobkin arrugó el ceño, pensativo—. Tal vez algún *hippy*… un jovenzuelo delincuente, quizá… No sé, no entiendo… ¿Por qué? ¿Para llevarse el dinero, acaso? Pero ¿y el resto de los secuestradores? ¿Y ese misterioso *Jaguar* que telefoneó a los Cranston, pidiendo el rescate por la pequeña Molly? No tiene sentido… ¡Nada de esto tiene ningún sentido! Y lo peor es que… el dinero ha desaparecido, *Jaguar* no ha dado señales de vida;.., ¡y la niña de los Cranston no ha sido devuelta a la familia!

* * *

—No, teniente. Mi hija no ha sido hallada. El dinero, aun con ser una suma respetable, importa poco. La vida del pobre Howard… ya nadie puede devolvérsela, desgraciadamente. Pero ¿y la de mi hija? ¿Y ella? ¿Dónde está, qué ha sido de su persona, teniente Dobkin?

El oficial de Homicidios contempló largamente a su interlocutor. Hubiera querido poderle decir algo al todopoderoso Ellery Cranston, cabeza de la familia Cranston, y también cabeza visible de su financiera y de muchos otros intereses bancarios, comerciales e industriales de California, Lo malo es que no tenía gran cosa que

decir. Y los ojos centelleantes del prohombre, eran de los que no sólo taladraban al visitante, sino que inquirían de él, exigían, pedían respuestas concretas e inmediatas, no simples evasivas ni ambigüedades.

—Lo lamento, señor Cranston —habló el policía con lentitud—. Sé tanto como pueda saber usted. No quisieron confiar en la policía, sino muy a última hora, y ello porque su esposa, inquieta por la forma de llevar a cabo* las negociaciones con ese misterioso *Jaguar*, se decidió a telefonearnos, informando de la marcha de los acontecimientos. Lo cierto es que un par de coches patrulla lograron bloquear la zona, pero ya era tarde: su hija no sólo no había sido devuelta, sino que ella y su raptor estaban fuera de todo cerco, y además su dinero había desaparecido… y su portador, el señor Prescott, estaba muerto.

—No me reproche nada, teniente —cortó Cranston, agresivo casi —. Sé que actuamos a espaldas suyas, por creer que ello beneficiaría a mi hija, Y así hubiera sido, de no suceder algo que no tiene sentido. Porque si los raptores hubieran asesinado a mi emisario no podrían culparme sino a mí, pero lo cierto es que el hombre muerto parece ser uno de los raptores, según usted me dijo. ¿Qué significa eso, por lo tanto?

—Para mi leal saber y entender, señor Cranston, sólo puede significar una cosa.

—¿Cuál?

—Existe una tercera fuerza mezclada en el asunto. Ellos se mezclaron, pero ¿por qué?

—¿Le parece poca razón un maletín lleno de dólares?

—Me parece suficiente razón. Pero si ustedes sólo supieron de ese contacto con los secuestradores, unos minutos antes de la transacción convenida con el grupo que se hace llamar *Jaguar*, ¿quién pudo saber que Prescott llevaba consigo esa suma?

—Exacto, señor Cranston. Si nosotros nada sabemos, los conductos sólo pueden ser dos para los ladrones que asesinaron a ambos hombres: el de los propios raptores… o el de ustedes.

—¿Nosotros? —se escandalizó Ellery Cranston—. ¿Qué quiere decir con eso, teniente?

—Es muy sencillo: si fueron ellos, es que alguno de la organización criminal se fue de la lengua, y un grupo ajeno se cruzó en el camino.

—¿Y… si no fueron *ellos*? —sugirió, seco, el viejo Cranston.

—Entonces, alguien aquí fue quien habló de más a alguien que creía de confianza,.., y ese alguien arregló las cosas a su modo.

—Es una sugerencia humillante —cortó el millonario con frialdad —. ¿Adónde trata de llegar?

—A esto, señor Cranston: el tal *Jaguar* parece muy poco ambicioso,

cuando a un hombre de su fortuna le exige, solamente, ciento cincuenta mil dólares por el rescate de su hija. Eso me hace pensar que no es un profesional, sino un simple novato, alguien que no acostumbra a hacer *negocios* de este tipo. Cabe en lo posible que cometieran algún error y éste les fuera funesto. Pero si el error partió de aquí, es que una persona de esta casa, no necesariamente de la familia, pudo cometer un fallo y hablar de más a alguien que planeó el audaz golpe criminal del muelle. Algún sirviente, quizá…

—Lo siento, teniente. Ningún sirviente fue informado de los acuerdos hechos. Se cuidó que ningún teléfono de la casa tuviese contacto con el del ala de servicio. Y se ocultó escrupulosamente, a todo el servicio, cualquier cosa relacionada con el acuerdo entre nosotros y los secuestradores, para evitar indiscreciones. Puedo garantizarle que ninguno de ellos sabe nada, en absoluto, de la cuestión. Sólo la familia.

—Entonces… pudo ser la familia, alguien de la familia, señor Cranston.

—¿Uno de nosotros? —se escandalizó el viejo magnate—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Quizá, señor. Pero yo diría que…

Sonó el teléfono insistentemente, interrumpiéndole. Ellery Cranston fue a atenderlo. Un momento después, se lo tendía al oficial de policía.

—Es para usted, teniente —dijo.

Dobkin dio las gracias. Tomó el receptor. Le llegó un momento después la voz del médico forense:

—Teniente, acabamos de hacer la autopsia. Puedo anticiparle algo de mi informe técnico: ambos hombres murieron víctimas de sendos golpes descargados con la propia mano, en los puntos donde ese golpe resultó mortal. Puedo asegurarle que son golpes de *budoka,* de luchador conocedor de las Artes Marciales…

—¿Un… un *budoka*? —jadeó el oficial de Homicidios, asombrado —. ¡Cielos, eso no es normal! Ellos… ellos nunca matan a sus enemigos. Y menos en esas circunstancias…

—Lo siento, teniente. Es cuanto puedo decirle —habló el forense —, ¡Ah, un momento! El sargento Miller, aquí junto a mí, tiene algo más que notificarle… Encontrará mi informe en su despacho, dentro de media hora.

La voz del médico fue sustituida por la de Miller, algo excitada:

—¿Teniente Dobkin?

—Sí, sargento, soy yo. ¿Qué novedades hay? —le pidió su superior, impaciente.

—No muchas, pero sí importantes. Tenemos la pista del asesino.

Escapó con el coche del propio abogado Prescott, una vez asesinados éste y el hombre de la bufanda… Acabo de recibir un informe urgente de una patrulla en Fishermans Wharf. Parece que hallaron finalmente el coche…

—Ya. Vacío, supongo…

—No, señor. Está ocupado.

—¿Qué? —casi pegó un respingo el policía, realmente estupefacto—, ¿De qué habla?

—De la verdad, señor. Los agentes de esa patrulla hallaron el coche, ocupado por una mujer de color, ebria e inconsciente… Viste tejanos, una blusa… y mocasines. Es mulata, tiene el pelo muy rizado… y, según sus documentos de identidad, se llama Lena, Lena Tiger, exactamente…

* * *

—Lena Tiger… ¡Es Lena Tiger, Cole! ¿Qué otra cosa quiere averiguar aquí?

Frank Cole no dijo nada. Se limitó a contemplar fría, calladamente, al teniente Dobkin. El sargento Miller fingía manipular unos papeles, realmente incómodo en el despacho del oficial de Homicidios.

Kwan Shang, en la puerta de la oficina, tampoco despegó los labios. Su rostro inexpresivo, de inescrutables ojos oblicuos y tez aceitunada, nada revelaba. Era como una simple estatua amarilla, un testigo de piedra que nada tuviera que ver con el caso. Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Lo mismo que Cole, era un leal camarada de la mujer actualmente encarcelada por la policía de San Francisco, acusada de doble asesinato y robo de ciento cincuenta mil dólares en efectivo: Lena Tiger, la muchacha de color encontrada en estado de embriaguez dentro del automóvil propiedad de Howard Prescott, el abogado asesinado, administrador de los Cranston.

Lena Tiger, la joven mulata, la *pantera negra del Aikido*, como la conocían mucho, incluso en el mundo de las Artes Marciales.

Uno de los *Tres Dragones de Oro*, como la conocían en el hampa del país los delincuentes temerosos de la justicia rigurosa y estricta de los tres *budokas*, cuyas vidas se habían dedicado a la defensa de la ley y a la protección de los más débiles, como modernos caballeros andantes. Sólo que ellos no usaban coraza, yelmo, espada ni lanza. En vez de ello, tenían las mejores armas del mundo, usadas bajo una mente lúcida, generosa y humanitaria por encima de todo: sus brazos y sus piernas[1].

Y ahora, uno de los tres *budokas* justicieros, era acusado de aquel gravísimo delito.

Lo peor, no era eso. Es que las pruebas eran abrumadoras, agobiantes. Y eso, lo sabían

Cole y Kwan tan a conciencia como el propio teniente Dobkin, de Homicidios.

—Bien, Cole —prosiguió cansadamente el teniente, tras el prolongado silencio de su visitante—. ¿Qué espera que puedo hacer por ustedes? ¿Y por Lena?

—Nada, imagino —suspiró Frank, lentamente—. Sólo quería conocer los detalles. Imagino que no se han inventado ustedes todas esas evidencias contra Lena,

—Es lo que dirán ahora todos los *budokas* de San Francisco y de California —rezongó Dobkin—. No sólo es una practicante de Artes Marciales, sino que pertenece a un grupo, Cole. Esto va a provocar una polvareda muy desagradable. Y, lo que es peor, quizá un desprestigio gravísimo para todos ustedes…

—Eso ahora no es lo que se discute aquí, teniente —habló Cole con serenidad—. Lo que quisiera es saber qué posibilidades existen para la defensa legal de Lena,

—Muy pocas, si es que hay alguna —resopló Dobkin—, Vea esto, Cole. Ahora va a pasar todo a la oficina del fiscal del Distrito. Como verá, es decisivo para Lena. O poco menos…

Y ante Cole puso una bolsa de plástico, conteniendo varios billetes de cincuenta dólares, un informe de Medicina Legal, notificando que una sobredosis de whisky había sido hallada en el análisis de la sangre de Lena Tiger al ser detenida en estado de inconsciencia a causa de la bebida, y otro informe médico sobre los golpes que mataron al abogado Prescott y al hombre de la bufanda oscura y las manos enguantadas, que había sido identificado por el FBI como un delincuente habitual, acusado de diversos delitos, procesado en dos ocasiones, y sospechoso de otros casos de secuestro. Su nombre era Melvyn Scott.

El informe forense dictaminaba, sin lugar a dudas, que dos golpes propios de un *karateka*, quizá, pero de un *budoka* sin duda alguna, fuese cuál fuera su especialidad dentro de las Artes Marciales, había causado ambas muertes fulminantes. Sólo un experto en tales formas de lucha pudo descargar dos simples golpes y matar a dos hombres relativamente fuertes, y llenos de salud, en cuestión de segundos.

—No es suficiente —dijo Cole, secamente—. Pudo ser otra persona, que conociera las Artes Marciales lo suficiente. Lena pudo ser víctima de una emboscada. Pudieron dejarla inconsciente, derramar ese whisky en su garganta, en sus ropas… ¿No es factible?

—Lo es —suspiró lentamente el oficial de Homicidios. Luego sacudió la cabeza, con cierto abatimiento, y fue a su mesa despacho.

De una gaveta, extrajo una *cassette*, que agitó ante Cole—, Lo malo es que tenemos esto *también*.

—¿Eso? —Frank enarcó las cejas—, ¿Qué es?

—Una grabación.

—Ya lo veo. ¿Qué clase de grabación?

—Acaba de enviarla aquí la familia Cranston —explicó el teniente, mientras hacía un gesto al sargento Miller, y éste tomaba un magnetófono de una repisa, poniéndolo en funcionamiento tras ajustar en él la *cassette*—. Escuche, por favor…

Cole y Kwan cambiaron una mirada. Ambos escucharon, con el rostro inexpresivo. Sus ojos centelleantes en varios momentos, al seguir el relato de aquella voz sorda, metálica, en la grabación magnética:

«Señores Cranston —comenzó la cinta grabada, al reproducirse en el magnetófono—. Soy *Jaguar*. Sigo teniendo, conmigo, a su hijita Molly. Lamento lo sucedido. Imagino que no fue cosa suya. Tal vez se cometió alguna imprudencia, y alguien intervino, estropeando nuestra transacción. Su emisario veo que ha muerto. También el mío. A ambos los mató aquel personaje con el que ninguno contábamos, y se llevó el dinero. No pude evitarlo. Y, naturalmente, no iba a perder lo mío. De modo que retuve a la niña.

»No sé si les servirá de orientación, pero pude ver perfectamente al agresor. Era una agresora. Una mujer. De raza negra. Con pelo crespado, muy amplio. Llevaba tejanos ceñidos y una camisa. Creo que calzaba mocasines, pero no estoy seguro. Parecía una experta luchadora de *karate*, o algo parecido. Escapó sin que pudiera hacer nada. Ni siquiera el arma de mi emisario sirvió de algo ante el ataque de esa mujer.

«Ahora exijo algo más de dinero, dada la demora y los problemas originados. Lo lamento por ustedes, pero sólo a cambio de doscientos cincuenta mil dólares, en efectivo, en billetes usados, sin numeración correlativa. Nos pondremos de acuerdo más adelante, para efectuar el canje. Cuidado con que intervenga en esto la policía… o tendría que matar a la pequeña,

»Para su tranquilidad, ella misma les habla, a continuación de este mensaje mío. Y estén a la espera de mis noticias. Es todo.»

Una pausa. Luego, una vocecilla femenina, casi infantil, sonó en la grabación, con evidente nerviosismo e inseguridad:

«¡Hola, papá, mamá…! Estoy bien. No me han hecho daño alguno, no os preocupéis por mí. Estoy deseando veros, estar libre en casa… Anoche creí que eso sería posible, pero sucedió lo inesperado, y todo se estropeó. Mi secuestrador dijo la verdad. Quien robó ese dinero y atacó a los dos hombres, era una mujer de color, con el pelo muy

rizoso. Luchaba de una forma terrible. ¡Parecía tan fácil lo que hizo…! Por favor, pagad lo que pidan por mí. Tengo mucho miedo… Hasta pronto, papá. Hasta pronto, mamá. Hasta pronto a todos…»

Se interrumpió la grabación, con un chasquido. Cole y Kwan habían escuchado atentamente todo el tiempo, cambiando una mirada pensativa, preocupada. En algunos instantes, el brillo excitado de los ojos grises y fríos de Frank Cole, reflejaron algo extraño. Pero no formuló comentario alguno.

Kwan Shang despegó al fin los labios para hacer una sola pregunta a Dobkin:

—¿La familia ha identificado la voz de la muchacha?

—Sí —suspiró el policía—. No hay duda. Es ella.

—Y supongo que nadie identificó, aún, la del secuestrador…

—No, nadie. Vamos a pasar la grabación a una computadora, para que registre las inflexiones y modulaciones, comparándolas con otros miles de grabaciones de que disponemos en nuestros archivos sobre casos de secuestro. Pero no confío mucho en eso. Es posible que se trate de algún aficionado o novato en esa clase de delitos…

—Sí, es muy posible —convino secamente Cole. Luego observó cómo el sargento Miller retiraba la grabación del magnetófono y la guardaba en otra bolsa de plástico—. Ese mensaje, teniente, será vina buena evidencia contra Lena Tiger, ante cualquier tribunal…

—Sí, eso me temo —asintió Dobkin, sombrío—. Lo siento, Cole. Así están las cosas. Como verá, no tiene mucho en qué basarse para alimentar esperanzas…

—Lo sé. Un último favor, teniente.

—¿Cuál?

—Me gustaría hablar con Lena… antes de que la trasladen a la prisión del estado. Allí, todo será más difícil.

Dudó Dobkin. Tras un momento de indecisión, se sentó a la mesa y escribió algo, firmándolo luego presuroso.

—Está bien —dijo, tendiéndole el escrito a Cole—, Es la autorización para que visite a Lena. Sólo quince minutos como máximo, ¿entiende? El sargento le acompañará.

—Sí, gracias —Frank tomó el escrito, con gesto ensombrecido—. Veo que hace cuánto le es posible en favor nuestro, teniente. A pesar de que también cree culpable a Lena…

—Lo lamento, Cole —resopló el policía—, A la vista de los hechos… ¿qué otra cosa puedo pensar? Después de todo, ella no fue una *budoka* que aprendiese en *dojos* y *tatamis*, como usted y Kwan Shang. Aprendió en la calle, fue delincuente juvenil… Creí que se había regenerado y hallado su camino. Tal vez todos nos equivocamos con ella…

Frank Cole no dijo nada. Se limitó a salir del despacho, seguido por Kwan Shang.

Capítulo III
LOS BUDOKAS NUNCA SON CRIMINALES

LA luz vertical hacía brillar el crepado rizoso y pulcro de los cabellos de la muchacha de color. Su piel era como oscuro bronce lustroso.

Los ojos se clavaron en Frank. Las rejas de las ventanas eran como un insalvable muro que les separaba del exterior, de la calle, de la luz del día. Al fondo, paseando rutinariamente, un agente uniformado asistía a la entrevista, a prudencial distancia,

—Gracias, Cole —murmuró ella—. Ha sido un gran alivio, para mí, el verte aquí…

—Sí, Lena. Pero eso no resuelve nada. Hay que hacer algo más que visitarte.

—Espero que lo hagáis —sonrió tristemente. Hizo un gesto expresivo—. Yo no puedo hacer gran cosa aquí dentro…

—Lo sé —hizo una pausa el joven y famoso actor cinematográfico, popularizado por películas de Artes Marciales filmadas en Hong Kong, y cuyas facultades asombrosas para la lucha oriental había puesto luego al servicio de más elevadas miras que satisfacer a los públicos de cines de todo el mundo. Luego, variando su tono, apuntó—: Creo que sabrás lo graves que son los cargos contra ti.

—Sí, Frank, lo sé —ella le miraba fijamente.

—Y conocerás las pruebas que han acumulado para acusarte.

—Más o menos, sí. Es una situación difícil, ¿no?

—Muy difícil.

—Frank, aún no me has preguntado si soy inocente o culpable.

—Nunca te preguntaría eso, Lena. *Sé* que eres inocente. Tienes que serlo.

—¡Si todos pensaran igual…! —murmuró ella, con sarcasmo—. Frank, tienes demasiada fe en mí. ¿En qué te basas para creerme inocente?

—En todo. En ti, primordialmente.

—Hay quien dice que nunca se conoce a los demás lo bastante bien…

—Eso no reza conmigo. Ni contigo. Por eso estoy aquí. Vamos a ayudarte, Lena.

—¿Existe modo de ayudarme? —dudó la joven de color.

—Aún no lo sé. Depende, en gran parte, de ti. Hazme un relato de lo que te sucedió, para que aparecieses en aquel coche, empapada en

whisky por fuera y por dentro.

—¿No es posible que todo ocurriera como dice la policía y el fiscal?

—¡No, claro que no! —sonrió Cole—. Vamos, no podemos perder minutos. Esta entrevista ha de ser forzosamente breve, Lena. Sé que algo tuvo que ocurrirte para que las cosas se desarrollaran así. Eres una de nosotros. Los *budokas* nunca asesinan a nadie.

—Yo no soy una *budoka* en el estricto sentido de la palabra, tú lo sabes. No aprendí de modo ortodoxo lo que sé. Las calles y los bajos fondos fueron mi escuela…

—Pero su fondo era bueno, y luego hiciste de tus conocimientos un auténtico camino hacia el bien y el equilibrio espiritual, físico y moral. Por favor, Lena, dejemos todo eso. Quiero hechos, no divagaciones. No hay tiempo para ello.

—Está bien —suspiró Lena Tiger. Se pasó unos dedos tranquilos por el pelo crepado, pensativamente—. Es muy poco lo que te puedo ayudar. Tienes razón en parte de tus sospechas. Fui víctima de una estúpida emboscada. Aún no logro entender cómo fui tan necia para caer en ella sin sospechar nada.

—Todos podemos ser víctimas de una trampa, Lena —dijo Cole, serenamente—. Explícate, por favor. Los minutos se nos agotan.

—No es muy larga la historia, quizá por desgracia. Recibí una llamada cuando ninguno de vosotros estaba en casa. Pedían ayuda a los *Tres Dragones de Ore. Sonó* verosímil, y acudí.

—¿Por qué sonó *verosímil*? —quiso saber Cole, arrugando el ceño.

—Pues… —ella le miró, perpleja, enarcando las cejas con repentina extrañeza—. Es verdad, ahora que lo dices, Frank… ¿Por qué tuve tal seguridad de que era una llamada real, y no una ficción? Pues muy sencillo: quien llamaba era un viejo amigo de Chinatown, el viejo Fa-Loh-Shen.

—Fa-Loh-Shen… —repitió Cole, pensativo—. ¿El comerciante de antigüedades orientales?

—El mismo. El propietario de la tienda Dragón de Seda, en la Avenida Grant. Me dijo la voz, y parecía la del propio anciano, que unos delincuentes iban a atacar a su hijo, Wong Shen, en su pagoda de Clay Street. Había sido amenazado de muerte por unos sectarios peligrosos que habían surgido últimamente en Chinatown. E incluso citó el nombre de la secta: *El Ídolo Verde*.

—*El Ídolo Verde*… Sí, creo que existe la secta, Lena. Se dice que son unos fanáticos peligrosos y crueles, pero nadie sabe gran cosa sobre ellos ni sobre el auténtico móvil de sus actividades, sea religioso, político o simplemente delictivo. Sigue.

—Había tal angustia, tal urgencia en su voz, que decidí acudir. Ya

sabes que esa gente de Chinatown no gusta de que la policía se mezcle en sus asuntos.

—¿Fuiste a Clay Street?

—Sí. Llegué a la pagoda donde Wong Shen ejerce de religioso. No vi nada anormal en torno al templo, ya que la hora de la noche era muy avanzada, y la lluvia había dejado todo el Barrio Chino, prácticamente desierto. Salí del coche, en guardia como en todo momento en que existe una posibilidad de peligro cierto. Y, sin embargo, fui sorprendida,

—¿Cómo sucedió?

—Del modo más imprevisto imaginable. Pisé algo en la acera que conduce a la pagoda, justo ante los escalones. Noté que un vidrio se quebraba bajo mi pie, y me incliné, sin abandonar la guardia, por ser un truco para atacarme. Lo era, pero no en la forma que yo sospechaba. Apenas me agaché, un vaho me envolvió con un extraño olor dulzón, que penetró por mi boca y nariz, rápidamente. Entendí, y contuve el aliento, pero ya era tarde. Sin duda, una leve aspiración bastó. Sentí que todo giraba en torno mío, y el suelo pareció venir a mi encuentro. Noté un golpe… y eso fue todo. Desperté en el automóvil desconocido donde me hallaron, atendida por unos policías y unos enfermeros, apestando a whisky mis ropas, mi aliento y mi piel. Notaba náuseas, y vomité. También mi cuerpo estaba saturado de alcohol, por dentro. Y yo no bebía una gota de licor desde que dejé mi vida en las callejuelas de los barrios bajos, Frank…

—Lo sé. Te creo, Lena. —Cole meditó, ceñudo, sacudiendo la cabeza con desaliento—. La historia no resultará muy verosímil. Sobre todo si, como sospecho, el viejo anticuario Fa-Loh-Shen niega haberte llamado en ningún momento, con tal historia…

—Acertaste —suspiró ella—. El viejo anticuario lo niega rotundamente. Su hijo asegura que nadie le amenazó jamás, y que es la primera vez que alguien relaciona con él a los sectarios del *Ídolo Verde*, con los que no tuvo nunca roce alguno…

—Una trampa perfecta: una buena representación, una voz convincente, una historia verosímil para ti… y luego un recipiente de gas narcótico fulminante, justo bajo tus pies. Posiblemente más de un recipiente, para que no fallase el truco. Luego, una vez inconsciente, alguien te suplantó en los muelles, con tus ropas u otras parecidas.

—¿Una muchacha de color, como yo? —indagó Lena.

—Tal vez sí, tal vez no. Pudo ser una mujer blanca, con peluca y tinte. O un hombre joven, esbelto, capaz de pasar por una mujer… —Cole se encogió de hombros—. Sea como sea, quien planeó la trampa no sólo quería esos ciento cincuenta mil dólares, sino, que se buscó una culpable aparente. Y te eligió a ti. Eso conduce a varias

conclusiones muy interesantes, Lena.

—¿Por ejemplo?

—Quien suplantó la voz del viejo anticuario, conocía la relación de él con nosotros. Y conocía bien a Fa-Loh-Shen, a su hijo… y quizá también las actividades de la *Secta del Ídolo Verde*. Pero hay algo más: conocía los detalles del rapto de Molly Cranston, el plan de rescate y todo lo demás. Eso quiere decir que es alguien muy listo, y con numerosos contactos por doquier. Ahora está en total impunidad, y ha logrado meterte en un buen lío, dejando reducido nuestro grupo a dos únicos miembros… De paso, tal vez logre un desprestigio, una campaña de difamaciones contra los *budokas* del país y del mundo entero… La gente pondrá en tela de juicio nuestra moralidad y dignidad, el altruismo de nuestros principios, la nobleza misma de las Artes Marciales… En suma, todo esto puede hacer mucho daño a todos, si no encontramos pronto a los culpables y demostramos que has sido una simple víctima de un plan minuciosamente elaborado por alguien que…

—Señor Cole, su tiempo —avisó el policía de servicio cortésmente —. Falta un minuto.

—Sí, gracias. —Frank tendió sus manos a la joven mulata. Ella las apretó con calor, con firme confianza y ternura. Los ojos de Lena brillaban emocionados, fijos en Frank Cole. Le temblaron ligeramente los carnosos labios. Bajo su camisa descolorida, parecían palpitar a mayor ritmo sus prietos pechos broncíneos, que se dibujaban nítidamente tras el tejido, marcando los rígidos pezones—. Bien, Lena. Confía en nosotros. Kwan espera arriba. Me dio un abrazo para ti. Lucharemos por sacarte de aquí cuanto antes.

—Lo sé —su voz tembló levemente. Tenía los ojos húmedos—. Hasta pronto, Frank.

—Hasta pronto, Lena —impulsivamente, Cole besó las manos de la joven. Ella desvió la cabeza, para que él no viese cuajar las lágrimas en sus párpados.

Luego, el joven, atlético y arrogante actor-luchador, abandonó la estancia en el Departamento de Policía de San Francisco. Regresó a la calle, al exterior, en compañía de Kwan Shang, mientras Lena regresaba a una celda, a la espera del traslado a la penitenciaría del condado.

—Pediremos que salga bajo fianza —murmuró secamente Cole, cuando ya pisaban la acera, Kwan y él—. Tal vez el juez permita esa libertad condicional, pero habiendo una acusación por doble asesinato, no es seguro que haya posibilidad de fianza…

—Frank, ¿qué crees que va a ocurrir? —murmuró el joven oriental, sombrío.

—No lo sé. Ciertamente, esto no es cosa del secuestrador de Molly Cranston. Hay alguien más en juego. Alguien mucho más inteligente, poderoso y despiadado que ese secuestrador que se hace llamar a sí mismo *Jaguar*. Alguien que ha sido capaz de matar a dos personas, robar ciento cincuenta mil dólares… y atacarnos directamente a nosotros, convirtiéndonos ahora en sólo dos *Dragones de Oro*…

—Suficientes todavía para afrontar lo que sea, Frank —aseguró Kwan, enérgico.

—Sí, supongo que sí —admitió Cole, con el rostro convertido en una dura máscara de combatividad y energía—. Al menos, vamos a intentarlo. Sin perder un instante más.

* * *

> «¿SE DERRUMBA EL MITO DE LOS NOBLES Y GENEROSOS *BUDOKAS*? ¿SON LAS ARTES MARCIALES UN MODO DE CONVERTIRSE EN ASESINOS SIN NECESIDAD DE UTILIZAR ARMAS BLANCAS O DE FUEGO? UNA LUCHADORA DE *AIKIDO*, PUDO ASESINAR A DOS HOMBRES Y ROBARLES CIENTO CINCUENTA MIL DOLARES, EMBRIAGANDOSE LUEGO. ¿ES ESTE UN BUEN EJEMPLO DEL CAMINO DE LOS *BUDOKAS*?»

Era un titular, entre tantos otros. Frank Cole lo apartó con repugnancia. Había muchos otros similares, en los diarios sensacionalistas de la ciudad.

—Basura —murmuró—. Hay periodistas que gustan de revolcarse en ella para vender más ejemplares de sus periódicos. No importa lo que ataquen ni lo que destruyan. Lo importante es vender, hacer dinero… Y es tan fácil convencer al lector profano…

—Vamos a pasar momentos difíciles, Frank —comentó Kwan Shang, paseando por el confortable, suntuoso recibidor de la mansión de los Cranston, en la mejor zona residencial de San Francisco.

—¡Claro! —asintió Cole—. Muy difíciles. No sé si se propusieron precisamente esto, pero parece evidente que esta campaña contra los practicantes de Artes Marciales, va a beneficiar a quienes dispusieron el asesinato de Prescott y del emisario del secuestrador.

—¿Crees que fue cosa de más de una sola persona?

—Por supuesto. Hay organización en todo esto: están bien informados, se mueven en varios frentes, usan difíciles gases narcóticos, que no se encuentran con facilidad en cualquier sitio… Y no sólo conocen las intimidades de los Cranston… sino las nuestras

propias, Kwan.

—Perdonen que les hiciera esperar, caballeros —dijo la voz culta y educada, desde el umbral del salón, alfombrado de rojo—. Como comprenderán, llevamos unos días muy difíciles y ocupados…

Frank Cole se puso en pie, clavando sus ojos en la persona que les recibía.

Era una mujer tan joven como hermosa y elegante. Morena, cabello peinado hacia atrás, muy tirante, ojos grandes y oscuros, y epidermis, en contraste, muy pálida y suave. Vestía de tonos grises, sobriamente. Entre sus dos manos, manejaba nerviosamente un pañuelo azul pálido, estrujado…

—¿Señora Cranston? —preguntó lentamente Frank, inclinándose.

—Sí —suspiró ella. Mostraba profundas ojeras violáceas en torno a sus bellos ojos, pero ellas sólo lograban hacer más notable su hermosura aristocrática—. La segunda señora Cranston, para ser exactos. Y madre de Molly, señor… Cole.

Para dar el nombre, tuvo que consultar la tarjeta de visita que le pasaran. Luego miró con curiosidad al joven chino, y éste se presentó, cortés:

—Kwan Shang, señora. Amigo del señor Cole… Tal vez usted no sepa que nosotros…

—Sé quiénes son ustedes —murmuró la dama—. Pero yo no creo en la culpabilidad de esa joven de color, amiga suya, en lo sucedido en los muelles. Por eso les recibí.

—No se puede decir que no sea usted una dama que va recta al grano —sonrió Cole—. Gracias por esa confianza, señora,

—Conozco su prestigio, señor Cole. Estoy segura de que su compañera ha sido víctima de alguna conspiración. Han venido aquí tratando de ayudarla, ¿no es cierto?

—Sí, señora. Y, de paso, ayudarles a ustedes. Tal vez podamos rescatar a su hija sin más problemas.

—La familia está reuniendo, ahora, los doscientos cincuenta mil dólares en efectivo — dijo ella, cansadamente—. Tal vez ahora basta con eso, pero mucho me temo que quien intervino ya una vez, evitándolo, vuelva a intervenir, ahora, y lo eche todo a rodar.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque estoy segura de que quien impidió el rescate y mató a esas dos personas… tiene algo que ver con *alguien* de esta casa.

Cole y Kwan se miraron con rapidez, realmente asombrados de la afirmación de la joven Eileen Cranston, esposa de un hombre multimillonario, a quien sacaba, al menos, cuarenta años de diferencia en edad.

En ese instante, otra voz sonó áspera, llegando del fondo de la sala

adonde eran conducidos por la señora Cranston, y que se trataba de una amplia biblioteca, tan suntuosamente amueblada como parecía estarlo toda la vivienda:

—¡Magnífico, tía Eileen! Parece que ya te sientes complacida al ir expulsando tu veneno contra nosotros, ¿no es cierto? ¿Por qué no explicas, también, a esos caballeros, que, según tus sospechas, Laura y yo nos hemos confabulado para deshacernos de ti y de Molly, y ser los únicos herederos de tío Ellery, dejándote a ti en la calle por añadidura, como una pobre e infeliz desvalida, víctima de los manejos de los villanos de turno? Vamos, ¿a qué esperas para representar tu gran papel- de víctima angustiada?

Todos se volvieron hacia dónde sonaba la voz. Cole y el joven chino, con aire de sorpresa. Eileen Cranston, con expresión entre indignada y nerviosa.

—Debería darte vergüenza, Shett —habló fríamente la dama, mostrándose más arrogante que nunca, y dando a su voz y su gesto un aire de evidente desprecio—. ¿Es que ni siquiera ante los extraños, sientes un poco de pudor de ti mismo?

El llamado Shett Cranston, alto, joven, deportivo, vigoroso, de tez que el sol había teñido de un fuerte bronceado, despeinado su cabello rizoso claro, fijaba con un rictus sardónico, su fría mirada en la señora de la casa.

—Vamos, vamos, tía Eileen, no vas a engañar a nadie con tus aires de gran dama — replicó, glacial—. Todo el mundo en San Francisco sabe que tío Ellery no se casó, precisamente con una gran dama… De modo que baja a tu nivel y deja de representar un papel que no te va,

—Tal vez no fuese una gran dama cuando tu tío me conoció, Shett, pero desde entonces acá, he procurado serlo en mayor nivel que tú un caballero, y creo haberlo conseguido. Además, te guste o no la idea, soy su esposa. Y la madre de su única hija con sangre de los Cranston en las venas, no lo olvides.

—Es lo que tú dices —replicó con sorna el joven, dando unos pasos hacia ellos—. Pero que yo sepa, lo único que Molly tiene en común con su padre, es que ambos tienen el grupo O Negativo. Eileen. Sólo tú puedes saber si él es su padre o no. Al menos, su esposa anterior, tuvo la honestidad de admitir que Laura no era, sino hija suya, de otro matrimonio anterior, y no pudo tener hijos con tío Ellery. ¿Por qué lo tuviste tú? Me gustaría conocer ese misterio.

Estaba lo bastante cerca para ocurrir lo que ocurrió. Shett Cranston, el joven sobrino de Ellery Cranston, muchacho de fama más bien negativa en la alta sociedad californiana, por su falta de pudor, su abundancia de vicios y su total inhibición ante cualquier actividad que significase trabajo y dedicación, estaba mirando con tal desprecio a Eileen Cranston, la joven esposa del magnate, que no resultó

sorprendente la reacción de ésta.

Su mano se alzó de súbito descargando en el rostro de Shett un seco bofetón, que restalló como un latigazo. Palideció Shett, con ojos centelleantes, pero para entonces ya su tía estaba también intensamente pálida y con el rostro tenso.

—Es una vergüenza oírte hablar así, Shett —le acusó ella, rehaciéndose un poco—. No sabes si no ofender, herir y molestar. Eres tú quien destila veneno. Especialmente, sobre mí y sobre tu prima Molly, porque sabes que tu tío ya no repartirá sus millones con Laura y contigo, sino que Molly es su hija auténtica y él lo sabe, y yo soy su esposa, y madre de su único descendiente legítimo. Y eso que no tengo nada contra tu prima Laura, aunque ella sí parezca tener tantas contra mí. El hecho de que sea hija adoptiva de Ellery, no importa para la realidad de que él le diera su apellido y sea hija de quien fue su primera esposa. Para mí, es otra hija como Molly. No me importa lo que ella piense. Sólo espero que a ella, su actual dedicación a las Artes Marciales, la haga encontrar su *Do*, su *Camino de la Vida*, Shett. Pero tú no lo hallarás nunca con tus borracheras, tu dilapidar constante de un dinero que no sabes ganar y sólo pedir a tu tío, y tus vicios abyectos, desde las mujerzuelas peores, hasta las drogas en el Barrio Chino. ¿O crees que no me he informado bien sobre ti, sobrinito?

La cólera, el odio, hacían asomar a los ojos de Shett una luz malévola. Miraba con tanta furia a su joven tía, que Cole no se hubiese sorprendido de que deseara su muerte inmediata y, de haber estado en su mano, se la hubiese administrado sin vacilar.

—¡Eres una maldita prostituta, tía Eileen! —silabeó, con aire obsceno—. Espero que esos secuestradores tengan el buen sentido de cortarle el cuello a tu queridísima hijita Molly… ¡Y algún día tú sigas el mismo camino! En cuanto a Laura, es mejor que siga como está. ¿O querrías que los de las Artes Marciales la convirtieran en una asesina borracha, como esa maldita negra de la que hablan los periódicos?

Despedía tanta bilis Shett Cranston contra todo el mundo, que, incluso un hombre frío y consciente como Kwan Shang, tuvo que hacer un poderoso esfuerzo por no saltar con cierta, agresividad al escuchar los insultos contra Lena. Su mente controló todo posible impulso irracional. El famoso proverbio oriental que recuerda al orgulloso león, incapaz de molestarse porque los monos le tiren del rabo, acudió a su cerebro.

Frank Cole, con una serenidad glacial, fue quien replicó a Shett Cranston:

—Esa *maldita negra*, que usted ha citado, Cranston, es como una hermana nuestra. Lena Tiger jamás asesinó a nadie, ni toma alcohol nunca. Es *budoka,* como nosotros, y tiene un código de honor que usted desconoce. Creo que su tía tiene razón respecto a usted. A ella

no puede devolverle la bofetada, si es un caballero. Y le aconsejo que no trate de replicar a mis palabras con agresividad. Pronto probaremos que ella no fue la culpable de cuanto le acusan. Y quizá alguno de los Cranston no quiera que eso suceda. ¿Qué le parece, Shett Cranston?

—Que son ustedes como su amiguita de color —jadeó Shett, virulento—. Unos farsantes peligrosos. Avisaré a tío Ellery para que les arroje de aquí, diga lo que diga mi tía Eileen. A no ser que ella misma haya montado el número del secuestro, para sacar más dinero a su amante y crédulo esposo… y ahora se dedique a contratar luchadoras, para obtener todavía un cuarto de millón más, repitiendo la farsa del rescate…

—¡Shett! —le gritó duramente ella, ya cuando el joven salía airadamente de la estancia—. ¡Te exijo que pidas disculpas a estos caballeros y…!

—Déjelo, señora —suspiró Cole con gravedad—. Las palabras no nos molestan. Él es un hombre que cree herir a todo el mundo con su veneno. Nosotros no podemos replicarle en igual tono. Tampoco vamos a pelear contra él. No es nuestro estilo.

—Lo que dijo de esa amiga de ustedes fue horrible —se quejó Eileen, nerviosa, vacilante—. Se habrán dado cuenta de lo que supone convivir bajo este techo con Shett… y con mi hijastra, Laura. A pesar de todos los millones de los Cranston.

—Sí, me doy perfecta cuenta. ¿Su hijastra aprende lucha, según creo haber oído?

—Eso es: *karate*, señor Cole. Es sólo una principianta, claro. Acude a un *dojo* japonés de esta ciudad. Tiene su maestro particular de esas artes de lucha… Laura siempre ha practicado el deporte de moda, por simple snobismo. Es la mayor de ambas hijas. Tenía ya diez años cuando Molly nació. Ya puede imaginarse la situación, sobre todo habida cuenta de que ella sabe que fue adoptada, como hija de la primera esposa, y no es hija legítima de Cranston, salvo en lo legal. El nacimiento de Molly trastornó a muchos, en esta casa. Sólo nos hizo felices a Ellery y a mí.

—Le comprendo —asintió Cole—, ¿Puede decirnos a qué *dejo* acude su hijastra?

Ella les dio unas señas, en Nob Hill. Kwan asintió, tomando nota de ellas. Mientras tanto, la señora Cranston les había hecho pasar a otro gabinete, ofreciéndoles bebidas. Ambos amigos negaron cortésmente. Cole clavó su mirada sorprendida en el mobiliario y decoración de aquella estancia.

Era un lugar diametralmente opuesto al anterior. Muebles lacados o con incrustaciones de nácar, cortinajes de seda estampada, pinturas

de arte *sumiye*, a base de dibujos peculiares en tinta china, de origen japonés. Un arte puramente *Zen*. En otro muro, cuadros y persianas con pinturas del estilo *kakemono*, en seda vertical, junto a las persianas con pintura *Shobuki-ba*, a base de tintas y colores fuertemente aguados.

Y en aquel recinto de intenso sabor oriental, donde se veían pebeteros de mármol rosado o verdoso, infinidad de figurillas en marfil, jade o ámbar, máscaras del teatro *Noh* japonés, abanicos y figurillas de porcelana, e incluso un casco de *samurai*, sobre un soporte de madera lacada, con dragones rojos.

—Siéntense, por favor —invitó la dama, señalando unos escabeles orientales, con bellos cojines de colores encima, ante una mesita china, de té—. Tal vez una infusión en la más pura línea *Zen*, si les apetece a ambos.

Kwan y Cole se miraron, algo desorientados. Frank miró luego a la dama, inquiriendo:

—Disculpe, señora… ¿Usted conoce la ciencia del *Zen*, tal vez?

—¡Oh, no, no! —sonrió ella suavemente, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Pero he aprendido algunas cosas, como la elaboración del té o la decoración con flores, tal como el *Zen* exige. Me lo enseñó Ellery. Él ha estado muchos años en Oriente. De allí trajo todas estas cosas. Lo cierto es que les podré hacer un excelente té, pero mucho me temo que no sea exactamente como el *Zen* lo reglamenta.

—Nada hay reglamentado en el *Zen*, señora —dijo Kwan, con dulzura—. Porque nada en él puede describirse o detallarse. Sólo comprendiéndolo a fondo, se sabe *qué* es el *Zen*. Pero comprenderlo del todo, es casi imposible.

—Muy cierto, señores —la voz sonó autoritaria desde el umbral de la sala, a espaldas de ellos—. Bienvenidos a mi hogar, aunque puedan pensar que yo les recibiría con disgusto u hostilidad. Tampoco domino yo el *Zen*, pero sé qué clase de persona es un *budoka*. Por eso les doy la bienvenida. Y no creo en los periódicos. Ni en la policía. Ni en mi sobrino Shett, por supuesto.

Se volvieron ellos. Sabían que estaban ante el propio Ellery Cranston, el magnate de la industria y de las finanzas; uno de los hombres más ricos de San Francisco. No venía solo. Le acompañaba un hombre pequeño, grueso, de acentuada calva y rostro rubicundo y sudoroso. Por contraste, la estatura de Cranston, su delgadez y su rostro anguloso bajo la cabellera blanca, resultaba más notable aún.

—Les presento a mi esposo, Ellery, y a su socio, el señor Drury Fisher —habló Eileen Cranston. Y volviéndose a su esposo, añadió—: Ellery, son los señores Cole y Shang, compañeros de Lena Tiger.

—Lo sé —sonrió Cranston, estrechando su mano—. Shett se ha apresurado a contarme todo eso. Pareció muy defraudado al ver que no decidía arrojarles de mi casa, señores.

—Hemos venido a poner en claro los hechos relativos al secuestro de su hija —habló Cole, gravemente—. Pensamos que pueden tener relación muy directa con el doble asesinato y el robo del dinero en el maletín. Naturalmente, también estamos intentando probar que Lena Tiger es inocente. Porque creemos en su inocencia, señor Cranston.

—Yo también —dijo el millonario, estudiándoles fijamente—. Pero después de oída la cinta magnetofónica del secuestrador y de mi pequeña Molly…, la cosa parece difícil de probar. ¿Por qué supone que aquí puede haber algo que le aclare el camino hacia sus propósitos?

—Porque nadie, excepto ustedes y la policía, sabían de ese rescate y sus circunstancias, señor Cranston. ¿Cómo pudo enterarse una tercera fuerza, para intervenir?

—No lo sé. Me lo he preguntado muchas veces. Tampoco entiendo por qué esa gente, los que se hacen llamar *Jaguar*, piden tan corta suma como rescate, pudiendo exigirme millones, dada mi posición.

—Tal vez porque no son profesionales, y una suma tan elevada saben que dificultaría demasiado sus acciones, dada la magnitud del caso. En suma: creo que el raptor tiene miedo de su propia acción y se conforma con poco dinero. Aunque ahora exija un cuarto de millón. ¿Van a entregárselo?

—Por supuesto. Pero pueden repetirse los hechos.

—Sí, eso es lo peor. ¿Ya le han dado instrucciones los raptores?

—Aún no. Estamos esperando noticias. El saber que Molly está bien, nos ha serenado algo.

—Lo comprendo, señor Cranston. ¿Está seguro de que nadie cometió imprudencias, cuando supieron los detalles del rescate?

—Nadie, Seguro —suspiró Cranston—. Laura es muy alocada, y Shett un egoísta sin pizca de sentido común, pero a todos les exigí total discreción. Creo que cumplirían…

—Yo, ni siquiera se lo revelé a mi esposa —terció Drury Fisher, el socio de Cranston, enjugándose el sudor de su rostro—. No me fío de la discreción de las mujeres…

—¡Un momento…! —sonó la voz de Kwan agudamente—. ¿Qué es *esto*, señor Cranston?

Todos se volvieron, sorprendidos, hacia el joven chino, incluso Frank Cole, extrañado de que su amigo interrumpiera la conversación.

Le vieron erguido ante una repisa. Con una figurilla entre sus manos, que Kwan examinaba minuciosamente.

Era un extraño y alargado ser, un feo personaje oriental, de rostro

espantoso, tallado en jade. Curiosamente, tenía sus dos brazos rotos, como dos muñones.

Pero no parecía una fractura, sino una talla hecha ya así.

—¡Oh, eso…! —Cranston, perplejo, se encogió de hombros—. Es el Dios Manco. Se le conoce, también, como el *Ídolo Verde,* en algunos lugares del Japón. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, señor —dijo Swan Shang, dando vueltas, lentamente, al pequeño ídolo—. Pero resulta curioso que tenga usted aquí este ídolo tan poco corriente… Cole, ¿recuerdas el relato de Lena? Ya es la segunda vez que tropezamos con un *Ídolo Verde* en nuestro camino…

Capítulo IV
LA SENDA DEL IDOLO VERDE

—¿EL *Ídolo Verde*? Sí, lo recuerdo muy bien. Un dios bastante feo y desagradable. Manco, por añadidura. De ambos brazos. Es la figurilla más repulsiva de todas.

Luego, tras decir esto, la rubia joven trazó un perfecto movimiento en círculo, desde su posición inicial, *Fudo-Dachi*, mirando al profesor, hacia el Norte, en posición *Yoí*, hasta situarse en *Sanchin-Dachi*, paró con *Gedan Barai* de la mano izquierda, el ataque de uno de los *budokas* del *dojo* de Nob Hill, y siguió la *kata.*

Adelantó el pie derecho, en un gran paso, en *Zen-Kutsu-Dachi*, hacia el Oeste, y golpeó fácilmente con un *Oie-Tsuki-Jodan* del brazo derecho, apuntando directo a la frente de su adversario. Inmediatamente siguió la muchacha con un segundo mazazo de su puno, sin mover los pies lo más mínimo.

El rotundo *Gyaku-Tsuki-Jodan* fue perfecto, hizo impacto en la frente del adversario y el acoso fulminante, en *Bari-Bari*, fue un éxito. Un *budoka* quedó de espaldas en el *tatami*, vencido por la habilidad y precisión de la joven luchadora.

Curiosos, Cole y Kwan contemplaron la segunda fase de la defensa de la *budoka*, ante el ataque de cuatro adversarios, en aquella demostración de la *kata Shiho- zuki-Shodan*, que tenía lugar ante ellos, en el *tatami* del profesor japonés.

El brazo izquierdo, que venía de golpear, quedó recto. Llevó ella el pie derecho detrás del izquierdo, las rodillas un poco dobladas, dio la vuelta hacia la derecha, para encontrarse en *Sanchin-Dachi*, con el pie derecho mirando al Este, adelantado.

Simultáneamente a hacer este *Mate* en *Sanchin-Dachi,* con la mano derecha paró el puntapié seco del adversario, con *Gedan Barai.*

Sin dar tiempo a su hipotético enemigo, Laura Cranston adelantó el pie izquierdo, en *Zen-Kutsu-Dachi,* golpeó doblemente, en *Bari-Bari Jodan,* usando un *Oie-Tsuki-Jodan* a la frente del enemigo, con el puño izquierdo, seguido inmediatamente de *Gyaku-Tsuki- Jodan* de la mano derecha. Otro enemigo rodó por el suelo del *dojo.*

Pero al profesor no le gustó algo en la última maniobra de Laura. Hizo sonar sus palmas, interrumpiendo la *kata*. Todos se detuvieron a mirarle.

—¡No, no! —rechazó vivamente el profesor—. Repetiremos de

nuevo. Señorita Cranston, si tiene visitas, mejor atiéndalas primero. Luego seguiremos practicando. Cinco minutos de descanso.

Se saludaron todos ceremoniosamente, como exigen las reglas del *budo*, y Laura, secándose con una toalla la leve transpiración de su frente, fue hasta los dos visitantes situados al borde del *tatami*, y les saludó jovialmente. Tenía unos ojos muy azules y vivaces, que parecían abarcarlo todo con rapidez. Bajo su flotante blusa de *budoka*, que ahora se arregló lo mejor posible, no podía ocultar la joven Laura Cranston las prominencias de unos pechos firmes y bien desarrollados. Se mantenían erectos, pero era fácil advertir que ni siquiera llevaba un corpiño, debajo.

—Bien, lograron que me saliera defectuoso, mi último *Bari-Bari*— se quejó, risueña, mirando con mayor interés el rostro atractivo de Cole que el de su compañero oriental—. El profesor Sakaimo es muy exigente. Y eso que estamos virtualmente empezando…

—Para ser una principiante, lo hace muy bien —comentó Kwan—. Casi perfecto.

—Gracias —suspiró ella—. En realidad, llevo poco tiempo en este *dojo*, iniciándome.

Disto mucho de ser una *budoka*, en espíritu o en simple experiencia. Pero papá me enseñó antes muchas cosas sobre el *karate*. Por eso no me resulta nuevo todo esto.

—¡Oh, es cierto! Su padre ha viajado por Oriente con frecuencia —asintió Cole—. ¿Le gusta, realmente, el *karate*, señorita Cranston?

—No —rió ella con sinceridad—. Pero está de moda, señor Cole. No puedo privarme de mis combinados, de trasnochar con mis amigos, de ser algo agresiva… No soy una *budoka*, si a eso se refiere. Ni tengo madera de ello, lo confieso.

—Entonces, no debería seguir. Esto exige dedicación, espíritu, sobriedad, fe, amor…

—Amor… —repitió ella, riendo—. En mí hay mucha capacidad para el amor, señor

Cole, pero no para amar la lucha, sino cosas más tangibles. ¿Quiere probarlo, acaso?

—No vine a verla en busca de exhibiciones amorosas, señorita Cranston —replicó, algo seco, Cole—. Quería saber algo sobre el Ídolo Verde. Su padre me dijo que era cosa suya.

—A esto le llamo recibir calabazas —comentó Laura, mirándole irónica—. De modo que no le seduce la idea de que una chica como yo le haga el amor… y quiere, en cambio, que le hable de un horrible idolillo japonés al que le faltan los brazos…

—*Chino* —dijo suavemente Kwan, rectificándola. Ella le miró vivamente—. Chino, señorita Cranston, no japonés,

—¿De veras? —ella enarcó las cejas, encogiéndose de hombros, displicente—. Bueno, a mí siempre me ha parecido terriblemente igual todo lo chino y lo japonés.

—Nada más lejos de la realidad —suspiró Cole—. Si se interesara en ello y se fijase bien, notaría diferencias[1] abismales.

—Lo siento. No me interesa el arte oriental. Me interesa más fijarme en los hombres guapos. Por eso me fijé en usted, Cole. ¿Le han dicho que es todo un tipo?

—Sí, alguna vez —sonrió él—. Volvamos a ese idolillo, señorita Cranston…

—¡Oh, no sea fastidioso, querido! —se irritó ella—. Somos jóvenes, ambos. Llámame Laura, simplemente. Yo te llamaré Frank. Cuando les diga a las chicas del club que llamo así, amistosamente, Frank, al famoso Frank Cole, el héroe del cine de aventuras, no me van a creer.

—Está bien, Laura. Hablemos, siquiera sea un momento, de ese idolillo.

—Pero ¿por qué? Ya te dije que no me gusta nada. Es feísimo.

—Sí, lo sé. Y, sin embargo, según tu padre… *tú* lo llevaste a casa, no él.

—¡Oh!, ¿eso dijo? —ella arrugó el ceño, como si meditara sobre algo—. Espera, Frank… Sí, es posible que papá tuviera razón. El día que lo llevé estaba bastante ebria, creo. Y además, estaba amaneciendo. No, no había madrugado tanto. Es que aún no me había acostado. Me lo regalaron. Me dijeron que traía suerte y fortuna. Me lo llevé. Hace tiempo de eso.

—¿Recuerdas cuánto?

—Bueno, debió ser… sí, debió ser hace justamente dos meses.

—¿Por qué lo recuerdas con tal exactitud? —Cole la miró, ceñudo —. Has debido trasnochar muchas otras veces…

—¡Claro! —se echó a reír de buen grado—. ¡Eh, Frank, me gustas! Tienes sentido del humor, para ser un *budoka.*

—Los *budokas* no somos plañideros ni amargados, Laura. Por el contrario, nuestra vida está llena de alegrías, de buen humor… Pero sigamos con tu idolillo. ¿Por qué sabes que lo llevaste a casa, hace justamente dos meses?

—Porque al día siguiente, comencé mis clases con Ngyo Sakaimo, en este *dojo*. Lo recuerdo muy bien. Me lo regaló el hombre que me habló de Artes Marciales y todo eso.

—¿Quién era él?

—No lo sé. Un oriental que me presentaron. Todos me parecen iguales. No me preguntes si era chino o japonés. No he llegado aún a captar la diferencia entre unos y otros.

—La gente no acostumbra a llevar encima figurillas de jade de ese

tamaño, para repartir alegremente. Es muy valiosa. Y muy poco común. ¿Por qué te la regalaron?

—No lo sé. Si me lo dijeron, lo he olvidado. Iba ya por el combinado número no-sé- cuántos…

—Si lo consideras tan feo, ¿por qué conservarlo, puesto que te lo llevaste estando ebria? ¿Por qué lo pusiste allí, entre las figurillas que tu padre conserva como recuerdo de sus viajes por países de Oriente?

—Pues… no sabría decirlo —le miró, sorprendida—. Lo cierto es que detesto verlo allí. Pero sería incapaz de deshacerme de él. No sé… Hay algo fascinante en el idolillo, pese a su fealdad, ¿no te parece, Frank?

Cole la miró profundamente a los ojos, sin decir nada. Captó en el fondo de las azules pupilas una lucecilla extraña, que no supo explicarse. Luego, al bajar la mirada, descubrió que la muchacha, mientras le contemplaba, tenía los labios entreabiertos, y la punta de su lengua rosada asomaba entre ellos, perversa.

—Si sigues mirándome así, Frank, saltaré a tu cuello y te haré mío —dijo, con desparpajo. Pero parecía muy dispuesta a hacerlo.

—Está bien —cortó Cole, desviando la mirada—. Pórtate bien, jovencita. Vuelve a tu tarea. Los demás *budokas* ya están en el *tatami*. Y recuerda algo: en ese último *Bari-Bari*, no precipites demasiado el *Oie-Tsuki-Jodan*. Resulta confusa su ejecución. Hasta pronto, Laura,

—¡Oh, Frank…! —dijo ella con decepción—. Vuelves a darme calabazas. Dejaría esto ahora mismo, para ir contigo adonde dijeras…

—En otra ocasión —rió Cole en voz baja, camino de la salida. Su mirada se cruzó con los ojos almendrados del hombre del kimono negro, cráneo rapado, lustroso y ceremoniosos ademanes. El profesor Ngyo Sakaimo se despedía de ellos con una reverencia a la que él y Kwan correspondieron. Luego, tras una pausa, Cole elevó su voz—: Una última pregunta, Laura,

—¿Sí? —volvió ella la cabeza, vivaz—, ¿Quieres saber mis medidas anatómicas? Tengo un busto y unas caderas que miden exactamente…

—Laura —la cortó Frank, enérgico—. ¿Recuerdas quién te aconsejó iniciar este curso de Artes Marciales? ¿Fue el oriental que te regaló la figurilla, tal vez?

—Sí —asintió ella, vivamente—. Fue él. Me dio la tarjeta de este *dojo*… ¿Por qué lo preguntas, querido?

—Por nada — suspiró Cole—. Sigue practicando. Pero si piensas hacerlo en serio, olvida el alcohol y la vida desordenada. Si no… vale más que olvides el *karate*, Laura.

Y salió con Kwan Shang, dejando a la muchacha rubia, de figura escultural, dubitativa e irritada, en medio otra vez de los cuatro *karatekas* con los que iba a practicar de nuevo la *kata* interrumpida,

Ngyo Sakaimo, el profesor japonés de calva cabeza y rostro inescrutable, dio una seca voz, ordenando continuar la tarea, Pero sus ojillos estaban fijos en la salida, en las figuras de Cole y de Kwan Shang. Unos ojos que a cualquier observador le hubieran parecido singularmente malignos y fríos, a pesar de sus ceremoniosos ademanes anteriores.

Pero nadie en el *dojo* pareció advertir la expresión de los ojos del japonés. Y, menos aún, su peculiar interés por aquellos dos hombres.

* * *

El largo, apergaminado oriental emergió, como una figurilla más, modelada en marfil viejo, por entre los mil y un objetos de arte chino que invadían tumultuosamente su oscura y vieja tienda en Grant Avenue, la llamada Calle de las Mil Linternas, en el peculiar lenguaje poético de los orientales, en pleno corazón de Chinatown.

—Señor Cole, mi entrañable amigo Kwan Shang… ¿A qué debo el honor de verles aparecer en mi humilde y miserable establecimiento? —preguntó con su voz pausada, revelando cierta sinceridad dentro de su ampulosa y reverenciosa forma de expresarse, tan habitual en su raza.

—Podría decirte que vengo a comprar algo valioso de tu mercancía, pero te mentiría — sonrió Cole, inclinándose ante el chino de indefinible edad y largo rostro rugoso—. Amigo Fa-Loh-Shen, vengo a hablarte de algo que ya la policía ha venido a averiguar.

—Entiendo —los ojillos perdidos tras la inextricable red de arrugas amarillas, brillaban vivaces, como si fuesen los de un hombre joven y no de un anciano—. Se trata de mi hijo Wong-Shen, de la pagoda… y del Ídolo Verde. ¿Me engaño?

—No, no te engañas. Se trata de todo eso, es cierto… ¿Dijiste a la policía que no telefoneaste a Lena Tiger pidiendo ayuda para tu hijo?

—Dije la pura verdad, Cole. Y era, justamente, esa que tú has citado…

—¿Quién pudo, entonces, hacer esa llamada en tu nombre?

—Lo ignoro, amigo mío. Mucha gente conoce a Fa-Loh-Shen y a su hijo, sacerdote en una pagoda de Chinatown. Pero nadie nos relacionó nunca con el Dios Manco.

—El Dios Manco… Es decir, el Ídolo Verde. La figura de un dios manco, en jade, ¿no es así? —ante el asentimiento del chino, preguntó —: ¿Tienes alguna figurilla que lo represente, entre tus mercancías actuales, quizá?

Fa-Loh-Shen negó despacio con la cabeza. Su gesto era siempre impenetrable. Como si no existieran emociones tras aquella máscara

amarilla.

—No —dijo—. No me gusta vender ídolos de significado siniestro, Cole. Sólo los miembros de la Secta acostumbran a tener el idolillo en su poder. Si lo vende alguien en una tienda, alguno de los sectarios lo adquiere al precio que sea. Si se venden imitaciones en serie, el comerciante que las exponga corre peligro de morir víctima de un raro *accidente*. No les gusta que se juegue con su deidad. La adoran.

—¿Hay alguna pagoda en Chinatown donde se adore a ese ídolo?

Fa-Loh-Shen le miró sin emoción alguna. Pero había un brillo raro en sus ojos. Se encogió de hombros. Sus huesudas manos marfileñas, de largos dedos, parecían garras, cruzadas sobre las amplias mangas del batín oriental.

—Dicen que hay una en Chinatown. Pero nadie conoce su emplazamiento. Es un lugar secreto, como secreta es la Secta. Es un culto prohibido. Los que sirven al Dios Manco, sirven al Mal. Pueden matar, destruir, robar. Forma parte de su credo. Los demás tenemos miedo a su religión. Mi hijo es un digno religioso. El desprecia esas creencias. Yo las temo.

—¿No hay medio de enterarse en *dónde*, está ese templo prohibido?

—No —negó, rotundo, el viejo chino—. Conocerlo, sin ser sectario, es morir. Nadie dice nada. Nadie sabe. Y quien sabe… calla. Es lo mejor, Cole.

—Esos sectarios, Fa-Loh-Shen… ¿dominan la hipnosis? —preguntó Cole de repente.

Le miró, sorprendido, Kwan Shang, que no esperaba esa pregunta de su amigo. El viejo comerciante de Chinatown también parecía desorientado, ahora. Terminó por hablar ambiguamente:

—Dominan muchas fuerzas ocultas. Todo lo que beneficia su poder maléfico. Pero no sé nada más de ellos…

—¿Solamente son chinos los creyentes de ese culto? ¿Puede haber… japoneses, también?

—En Oriente hay creencias comunes a todas las razas. El Ídolo Verde podría ser una de ellas. No lo sé. El viejo Fa-Loh-Shen es un miserable ignorante que se avergüenza de no poderle ayudar más. A usted y a Lena… Sobre todo a Lena, en estos momentos. Yo nunca olvido un favor.

—Lo sé, amigo. Gracias por todo —Cole se encaminó a la salida, acompañado por su amigo Kwan. Ya cerca de ella, comentó en voz alta—: Me pregunto qué significará la presencia del Ídolo Verde, en una casa donde nadie tiene relación con él. ¿Para qué lo regalaría alguien a personas que no pertenecen a la Secta?

Sus ojos se fijaban en el apergaminado rostro de Fa-Loh-Shen, a

través del espejo colgado de un muro de la tienda. El viejo chino comentó, como si recitara algún viejo proverbio de su país:

—Dicen los que conocen algo del Dios Manco, que sólo donde hay al menos *un* creyente, fiel servidor de la Secta, existe ese ídolo. De otro modo, ya no estaría allí, porque otro creyente lo habría hurtado. .

Frank Cole y Shang cambiaron una mirada rápida. El joven americano movió la cabeza con energía.

—Lo sospechaba —dijo, saliendo a la calle. Campanillearon los colgantes de vidrio de la entrada al salir ambos, con una última inclinación al viejo Fa-Loh-Shen—. Lo sospechaba, Kwan… Estaba seguro de que era así…

Se movieron hacia el automóvil, que Cole había dejado aparcado en el pasaje inmediato al establecimiento de antigüedades de Grant Avenue. Era un callejón sin salida, con un muro de ladrillos al fondo, de considerable altura, y muros laterales que correspondían a almacenes y negocios, sin puertas ni apenas ventanas.

Entraron en el pasaje. Cole se inclinó para abrir la portezuela del coche. En ese momento, una furgoneta se detuvo tras ellos, justo a la entrada del pasaje, bloqueando éste por completo.

Una portezuela lateral de la furgoneta, se abrió súbitamente. Vomitó a siete personas, a las que pronto se unió el conductor del vehículo. Los ocho, avanzaron hacia Cole y el joven chino, con extraña lentitud, agazapados, prestos al ataque.

Frank Cole y Kwan Shang se pusieron en guardia, inmediatamente.

Pero no sin cierta sorpresa ante la clase de enemigo que se les venía encima, en tan extraña emboscada.

Eran ocho mujeres.

Todas ellas vestidas con una malla verde, elástica, que se ceñía a sus cuerpos turgentes, sinuosos, de hembras jóvenes y musculosas. Entre ellas había una negra de pelo crepado.

—¡Cuidado, Frank! —silabeó, entre dientes, Kwan—. ¿Has visto lo que llevan en las manos esas hermosas criaturas?

Frank asintió, con un leve estremecimiento de sorpresa e inquietud.

Las manos de las extrañas luchadoras vestidas de verde jade, mostraban, en vez de uñas, unas largas, afiladas hojas de acero montadas sobre sus uñas, como prolongación artificial de éstas. La luz del día, en el pasaje solitario, centelleó sobre dieciséis de aquellas agudísimas púas capaces de degollar, o de atravesar el corazón, con el más leve de los impulsos.

La lucha, la terrible lucha contra ocho mujeres *karatekas* provistas de mortíferas uñas de acero, iba a comenzar. No había otra posibilidad que hacerlas frente.

Y la lucha comenzó.

Capítulo V
MORTALES UÑAS DE ACERO

ERAN sólo dos hombres, enfrentados a ocho mujeres. Pero ocho mujeres cuya actitud revelaba, obviamente, una preparación para las Artes Marciales, aunque no fuesen auténticas *budokas*, sino fanáticas o delincuentes, que utilizaban sus conocimientos de lucha oriental para sus fines.

Los dos hombres dominaban diferentes ramas de Artes Marciales. Cole era un *karateka* sensacional. Kwan Shang, un luchador de *kung-fu* de primera línea.

Se separaron, entre sí, un espacio prudencial. Se pusieron en guardia. Cole, frente a un grupo de sus enemigas femeninas, en posición inicial *Pinan-Sono-San o Pinan-Sandan* llamada también.

Se situó en *Yoi*, mirando a un punto situado a la derecha del primer adversario, elegido mentalmente entre el nutrido grupo de las luchadoras de uñas de acero. Era su norte teórico, al iniciar la *kata* mentalmente elegida por el *karateka.*

A su lado, Kwan veía avanzar a las nueve amazonas de la muerte, en lo que en *kung-fu* se entendía como posición neutra o punto muerto, ya que no ejecutaba movimiento positivo ni negativo, al haber retrocedido los pasos precisos, mientras ellas se movían hacia él, movimientos conocidos como *In*, o negativos, por ser puramente defensivos. Ahora, a la espera del ataque adversario, ya inminente, se disponía a ejecutar los movimientos *Yang, o* de contraataque, conocidos como *positivos* dentro de la movilidad de las *Formas* de lucha china.

Ahora, todos sus movimientos *In*, o negativos, serían ya *Yang*, o positivos. Y así, sus brazos y piernas pasarían al ataque definitivo.

Con sus manos en forma de *puño de leopardo*, o *Pao-Ch'uan*, se lanzó adelante, parando el primer golpe de unas manos femeninas de erizadas púas de acero por uñas, que buscaban sus ojos para cegarle.

Paró el brazo enemigo con su antebrazo, y disparó, luego, su puño extendido, haciendo impacto con la segunda articulación de los dedos índice, corazón y anular, en forma terriblemente dolorosa, en el hígado de la primera contrincante que se le venía encima. Gimió roncamente. El golpe era demoledor. Cayó atrás, tambaleante, la mujer golpeada. Otra saltó sobre Kwan Shang.

Le dirigió las láminas de acero, puntiagudas y de bordes afilados

como hojas de afeitar, buscando su garganta para degollarle con un rápido zarpazo. Kwan se echó hacia atrás. Paró el golpe con el antebrazo izquierdo, que describió hacia arriba un movimiento circular y hacia adelante. Luego, la mano izquierda aferró la muñeca zurda del adversario, y tiró de ella hacia el mismo lado izquierdo. Adelantando rápido su pie izquierdo, irguió fuertemente la pierna derecha, empujó con energía increíble al adversario, hacia atrás y arriba.

La verde luchadora fue alzada del suelo como una pluma, y luego la arrojó violentamente contra un muro. El cuerpo se estrelló de nuca contra la pared de ladrillos, y se derrumbó de bruces, posiblemente sin vida, a causa del hundimiento del cráneo.

La primera luchadora, que intentaba rehacerse del golpe al hígado y dirigía de nuevo hacia él sus uñas de acero, recibió ahora un golpe del puño zurdo de Kwan, en su posición natural, o *Ch'uan (Puño de Camero)*.

El ángulo formado por las falanges con los metacarpios, en ese momento, formaban un trazo agudo, de manera que emergían los nudillos. La zona de impacto, era la unión del dedo índice y corazón, y el puño era prolongación del brazo, sin doblez alguna en la muñeca.

El impacto seco, demoledor, en forma *Ming Ch'uan (el puño que avanza*, en chino), derribó en el acto a la luchadora, como herida por un rayo, cuando sufrió el golpe sobre la sien. No llegó a emitir ni siquiera un leve gemido.

Eran dos las luchadoras abatidas, sin que sus láminas de acero hubiesen llegado a rozar a Kwan. Pero la tercera tuvo más fortuna y, al saltar elásticamente sobre el joven chino, le clavó sus uñas de afilado metal en el rostro. Era la joven negra.

Kwan emitió un gruñido agudo de dolor, mientras a su lado, Frank Cole batallaba con sus tres primeras antagonistas femeninas, en un choque salvaje y virulento como quizá nunca había llegado a conocer en su larga vida de *karateka*. Entonces pareció comprender que no podía tener el menor miramiento con aquellas mujeres agresivas y feroces, cuyo objetivo claro era matar. Y se olvidó, incluso, de su sexo, para tener sólo conciencia de que se encaraba a un grupo de fanáticas asesinas, perfectas conocedoras, además, de *katas* y modos de golpear.

Le rodeaban hasta cuatro de las mujeres de verde malla y cuerpo escultural, dividida la fuerza en dos grupos para abatir a ambos hombres. Ninguno de ellos podía, en estos momentos, ayudar al otro.

Cole giró hacia su primera enemiga, poniéndose en *Ko-Kutsu-Bachi*, y ejecutó en un solo fulgurante movimiento, un *Uchi-Ude-Uke* del antebrazo izquierdo, parando en *Tsuki-Chodan* la mano peligrosísima de la amazona, con sus cinco terroríficas láminas cortantes. Notó contra su cuerpo el calor que despedía la piel femenina, a través de la

tenue y adherida malla verde, e, incluso, en el brevísimo contacto durante la pugna, antes de ejecutar un poderoso *Nukite* derecho, con la mano vertical, al estómago enemigo, su mano y su brazo entraron en contacto con los pechos macizos de su enemiga, a los que no golpeó, por un remoto sentimiento de lástima hacia el sexo del adversario. Bastó, sin embargo, con el mazazo en el estómago, para doblar a la mujer, sobre cuya nuca disparó su zurda de canto, estrellándola como el filo de un hacha. La enemiga rodó de bruces, quedándose hecha un ovillo a sus pies, cuando ya dos de las otras contrincantes, con un aullido agudo, vibrante, se precipitaban sobre él, dilatadas sus pupilas, abiertas sus bocas, dejando ver bajo los labios femeninos los dientes blancos, la lengua recogida en el paladar, para no morderse en la pugna.

Eran como fieras, con apariencia de hermosas criaturas. Dignas de ser adoradas. Manos que podían acariciar, labios que pedían ser besados, cuerpos que exigían caricias. Y, sin embargo, ahora eran máquinas de matar.

No había ternura ni amor en ellas. Sólo odio, crueldad, ansias de aniquilar, por alguna oculta razón, a los dos miembros de los *Dragones de Oro*.

Sólo que Frank Cole era tan duro de pelar como lo era Kwan Shang, aunque con técnicas de lucha diferentes. Su dominio del *karate* se reveló ahora en vertiginosos, precisos movimientos desesperados, frenando y parando golpes mortales de aquellas láminas de acero mortífero, con ambos brazos. Ejecutó simultáneamente paradas en *Gedan-Barai* o en *Uchi-Ude-Uke*, con los dos antebrazos indistintamente, deteniendo a las enemigas en seco. Luego pasó al contraataque, disparando un golpe áspero *Uraken-Hizo*, con el puño derecho, al estómago e hígado de una de ellas, y casi inmediatamente, un terrorífico *Oie-Tsuki-Chudan* velocísimo, de gran poder destructivo, al tiempo que de los labios de Cole, como de todo su ser, emergía el grito poderoso, estremecedor, que convulsionó a las enemigas:

—¡KIAI!

Y la cuarta agresora, que ahora lograba alcanzarle, desgarrando sus ropas y llegando hasta su pecho con las puntas afiladísimas de sus uñas de acero, donde se hincaron, hiriendo profundamente, Cole logró atacar con *Mae-Geri-Jodan*, incrustando el pie derecho sobre los mismos senos agresivos de la hembra que le atacaba. Ella gritó de dolor, al ser golpeada tan duramente, y osciló, muy pálida, momento en el que Cole cayó sobre la hermosa enemiga, sin que ya le preocupara demasiado sentir bajo su peso los muslos atractivos de la hembra, ni tampoco el choque con sus pechos enhiestos y doloridos.

Olvidando que su antagonista era una mujer, Cole le descargó un rudo *Uraken-Shomen* con el puño derecho en el rostro de la luchadora,

justamente sobre su mandíbula, que crujió, al quebrarse. La cabeza cayó de lado, los ojos de la mujer en blanco. Y súbitamente, Cole se dio cuenta de que estaba sangrando copiosamente bajo sus ropas rasgadas.

También se dio cuenta de que, en el mismo momento, Kwan, también con su mejilla goteando sangre en abundancia, batallaba ferozmente con la mujer de color, de pelo crepado, que en la noche, y con poca luz, podía haber pasado por Lena Tiger, aunque su cuerpo era más ñaco, en contraste con lo voluminoso de sus pechos y lo agresivo de su trasero. De cualquier modo, era una temible enemiga aquella negra.

Se movía a velocidad de vértigo, y sus uñas eran un peligro constante. Sólo ella y otra amazona verde quedaban en pie, ante Kwan. Cuando Cole se dirigió recto hacia su amigo, para apoyarle en la lucha, la negra emitió un aullido ronco, mirando a su compinche de verde uniforme, con el rostro crispado, sudoroso, los carnosos labios resoplando.

—¡Vamos, hay que escapar de aquí! —rugió—. ¡En marcha, pronto!

Dejaron de pelear con Kwan, cuyos intentos de abatir a la negra habían fracasado, si bien obtuvo el parcial éxito de mantener, a distancia, a tan peliaguda enemiga, y evitar sus mortíferas *katas* y sus terribles uñas de acero.

Las dos mujeres no saltaron a la furgoneta, como esperaban los dos *budokas*. En vez de ello, pasaron a través de las dos portezuelas delanteras del vehículo, perdiéndose en la populosa Avenida Grant.

Frank Cole echó a correr en pos de ellas, porque era importante capturar a la negra luchadora, para llevarla ante el teniente Dobkin. Pero apenas se encontró en la calle de Chinatown, comprendió que eso iba a ser más difícil de lo imaginable. Las dos luchadoras de malla verde y uñas asesinas, subían a un pequeño coche deportivo, con el que arrancaron a vertiginosa velocidad, doblando en la esquina inmediata, sin respetar los semáforos, y poniendo en peligro a los apacibles peatones orientales del Barrio Chino de San Francisco.

Seguir a aquel coche hubiera sido muy difícil, incluso con su propio coche, ya que utilizaban un modelo capaz de alcanzar, sin problemas, hasta las doscientas millas a la hora. Pero se daba la circunstancia que su propio coche estaba bloqueado, ahora, por la furgoneta de las amazonas verdes, y sacarlo del pasaje consumiría un tiempo precioso, aun suponiendo que le fuera posible partir en su seguimiento.

Regresó, malhumorado, junto a Kwan Shang. Este montaba guardia ante las seis mujeres abatidas en el callejón. Miró a su amigo el joven chino, y murmuró, pesaroso:

—Lo lamento, Frank. Tres de ellas… están muertas. Tuvimos que hacerlo. Se trataba de ellas… o de nosotros.

—Lo sé, Kwan. Me duele, tanto como a ti, destruir una vida humana, pero… ya sabes lo que forma parte de nuestro código de honor. Un *budoka*, jamás provocará la violencia. Sin embargo, debe responder a ella con todas sus consecuencias, cuando se le ataca con ánimo de herirle o matarle. Ellas venían a matar. En algunos golpes fue preciso abatirlas como nos era posible. Eso siempre trae consecuencias así. Ve a llamar a la policía y a una ambulancia. Es preciso que alguna de ellas preste declaración. Puede ser la salvación de Lena… Lo malo es que sólo nosotros vimos a la *budoka* negra…

—Sí, eso es lo peor —Kwan fue hacia la Avenida Grant—. Frank; ¿quiénes son esas mujeres, por qué nos atacaron?

—Creo tener respuestas para ambas cosas —murmuró Cole, examinando los cuerpos de las bellas luchadoras, tendidos en el asfalto de Chinatown—. El Ídolo Verde, Kwan… Son algo así como sacerdotisas o militantes de la *Secta del Dios Manco*… Lo que ignoro es si esa ferocidad era natural en todas ellas… o alguien la provocó de alguna forma, quizá hipnóticamente…

Kwan se alejó a telefonear. Cole permaneció allí, vigilando a las agresoras inconscientes o muertas.

Ahora sabía a ciencia cierta, sin posible error, que la Secta de los servidores del feo y siniestro idolillo de jade, tenía, entre otros objetivos, el de terminar con los *Tres Dragones de Oro.*

Capítulo VI
SECTA DE TERROR

—LO siento, Frank. No es todavía una prueba contundente para poner en libertad a Lena.

—Teniente, mucha gente vio escapar a la negra vestida de verde. Era una luchadora más. La más peligrosa de todas. Tenía autoridad sobre las demás. ¿Eso no basta para convencerle a usted?

—No estamos hablando de mí, Cole. Hay un fiscal del Distrito con un caso entre sus manos. A él no podemos convencerle fácilmente. Necesitamos evidencias muy claras, pruebas decisivas. De otro modo, Lena no saldrá nunca en libertad condicional, a la espera del proceso correspondiente.

—Pero, teniente, ¿qué necesitamos, para demostrar que hay *otra* mujer de color, muy parecida a Lena, que domina las Artes Marciales, aunque no se atenga al código de honor y de moral de ningún *budoka*, y hace de sus conocimientos un medio para el asesinato? Lena no tuvo nunca contacto con los Cranston. No pudo saber, en modo alguno, que había un secuestro y un rescate en proyecto. ¿Eso no basta?

—No, no basta. Hasta ahora, tampoco existen pruebas de que exista una relación, un nexo entre la luchadora asesina de los muelles y la familia Cranston —resopló Dobkin, malhumorado.

—Se equivoca. Existen —dijo Kwan fríamente, desde la puerta del despacho.

—¿Eh? —giró la cabeza Dobkin hacia el joven oriental, ceñudo—. ¿Qué dice?

—Lo que ha oído, teniente. El nexo existe. Es evidente.

—¿Qué nexo? —exigió el oficial de Homicidios, con aspereza.

—El dios de jade.

—¿Qué?

—Un ídolo maligno. Una deidad maléfica, semejante a la diosa Kali de los hindúes, teniente —explicó suavemente Cole—. El Dios Manco. Le faltan los dos brazos. Se suelen hallar raras copias en jade de esa deidad, en China o Japón. Muchos orientales lo adoran secretamente. Es -un culto prohibido. Se basa en sacrificios de sangre, crímenes y violencia. Todo por la Secta destinada a engrandecer el poder de su dios sobre todo Asia. Algo así como el mito de la espada y la máscara de Gengis Khan, entre los chinos colonizados y sojuzgados de otros tiempos.

—Me están hablando en auténtico chino —se quejó Dobkin—. Y no trato de hacer ningún chiste. ¿Qué tiene todo eso que ver con los Cranston?

—Hay un ídolo de jade en casa de los Cranston —comentó Kwan, con sequedad.

—¿Sí? —los ojos del policía parpadearon, indecisos. No supo qué decir. Luego se encogió de hombros—. Tampoco es una prueba definitiva, compréndanlo. No puedo irle al fiscal con esa historia, para que retire o cambie sus cargos contra Lena.

—Eso, en definitiva, significa algo muy concreto: no hay todavía posibilidad para Lena, ¿no es cierto?

—Exacto. Ninguna posibilidad —el teniente se abrió de brazos—. Lo siento. Soy el primero en desearlo, pero…

—Está bien, —Cole se encaminó hacia la salida del despacho—. Vamos, Kwan. Ya hemos comprobado lo que la vía oficial es capaz de ofrecernos. Tendremos que seguir por nuestro propio camino.

—¡Un momento, Cole! —cortó secamente Dobkin, ir- guiándose en su asiento—. Tengan cuidado con lo que hacen. No se metan en líos. No me gustaría tener que arrestar a ninguno de ustedes dos, por intentar ayudar a su amiga Lena de modo poco adecuado.

—Gracias por el aviso —sonrió Frank, irónico—. Al menos, nos pone sobre aviso…

—Cole, no quiero que piensen mal de mí. Estoy atado por este maldito caso, créanme. Personalmente, aunque crea en Lena, no puedo ponerla en libertad sólo porque quiera hacerlo.

—Al menos, admite creer un poco en ella… —suspiró Cole. Y ya desde la salida, preguntó, con tono grave—: ¿Cuándo la trasladan a la prisión del estado?

—Hoy mismo —murmuró Dobkin, sin mirarles—. Esta tarde a última hora, Cole… Es lo que me ha dicho el fiscal por teléfono. No puedo prolongar más su estancia aquí…

—Lo suponía. Gracias una vez más —cerró la puerta del despacho y se alejó hacia la salida, llevando a su lado, silencioso y sombrío, a Kwan Shang.

Ninguno de los dos habló hasta llegar a la puerta del Departamento de Policía de San Francisco. Descendieron los escalones hasta la acera, cambiando las primeras palabras.

—¿Y ahora qué hacemos, Frank? —fue la pregunta de Kwan.

—Seguir adelante —murmuró Cole, pensativo—. Tengo solicitados unos datos a Tokio sobre cierta persona. Espero que llegue un cable en breve, con la respuesta. Mientras tanto, investigaremos por lados opuestos. Tú, Kwan, deberás ocuparte de algo más acorde contigo. Es posible que consigas más que yo.

—¿Qué es, Frank?

—Ve de nuevo a Chinatown. Visita, esta vez, a Wong Shen, el sacerdote hijo de Fa-Loh- Shen. Tiene su templo en Clay Street.

—Le conozco. ¿Qué debo decirle?

—Lleva la conversación a tu modo. Pero trata de averiguar cuanto sepa acerca de la *Secta del Ídolo Verde.*

Sobre todo, nos interesa saber dónde tienen alguna pagoda o templo secreto para su culto.

—¿Crees que podré conseguir tal información? —dudó Kwan—. En Chinatown son muy herméticos cuando quieren serlo sobre alguna materia, Frank…

—Lo sé. Por eso te envío a ti. Con un occidental, jamás se sincerarían. Puede que contigo sea diferente. Lo intentaremos, al menos.

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Adónde vas a meter la nariz?

—Pues yo…

Frank se detuvo. En aquel momento, una voz jovial sonó en alguna parte, llamándole.

—¡Eh, querido! ¿Te llevo a alguna parte?

Ambos giraron la cabeza, Frank miró a la joven que agitaba su brazo por la ventanilla del coche, un deportivo rojo, aparcado ante el edificio policial.

Era Laura Cranston. Cole y Kwan se miraron, un momento.

—Ya lo ves —sonrió Frank—. Pensaba hacer varias diligencias. Una de ellas, viene a mí directamente. Aprovecharé la ocasión. Toma mi coche y ve a Chinatown. Yo iré con ella…

—Muy bien. Creo que sales ganando —rió Kwan, entre dientes—. Ten cuidado. No con la Secta ni con las Amazonas Verdes. De todo eso, sabes guardarte bien. Lo que dudo, es que sepas guardarte igual de bien de… de esa chica, la Cranston. Es fuego puro.

—Si no puedo evitar quemarme… —Cole sonrió, irónico, encogiéndose de hombros—. Todo sea por Lena y su libertad, ¿no te parece?

—¡Hum…! —Kwan Shang se alejó hacia el coche de Cole, gruñendo entre dientes—. Pretextos, todo pretextos… Recuerda nuestro código del honor, Frank…

—Que yo recuerde, ese código no dice nada sobre las mujeres, cuando son ellas las que se ponen en nuestro camino —suspiró Frank —. Sean luchadoras con uñas de acero… o una muchacha rubia con unas respetables medidas anatómicas…

Las medidas anatómicas de Laura Cranston eran, realmente, mucho más respetables de lo que las ropas holgadas de *budoka* hicieron pensar en el *dojo* de Ngyo Sakaimo. Desnuda, las podía mostrar en

toda su plenitud y exuberancia. Cole sabía eso, ahora.

Sus uñas arañaban también, pero deliciosamente suaves, no con la ferocidad agresiva y cruel de las láminas de acero de las luchadoras de verde ropaje. Estaba experimentando esa sensación en su nuca y espalda, mientras ella gemía suave, apagadamente.

La penumbra les envolvía. Una esplendorosa melena rubia, era una mancha dorada en la sombra. Unos ojos azules, eran deseos siempre insaciables, bajo un débil ramalazo de claridad indirecta. El resto, eran curvas sinuosas, palpitantes, vibrando contra el cuerpo de Frank Cole, en la intimidad del gabinete.

—Frank… —susurró la voz de ella, apagadamente.

Y de nuevo los labios húmedos, ávidos, se adherían a los suyos. Era un contacto candente. Los cuerpos se fundían.

—Laura… —fue la respuesta de él.

Luego, un nuevo estallido de éxtasis y de voluptuosidad, pareció enroscarse en torno de ellos, fundiéndoles en un solo ser.

Las bocas se juntaban, en una unión apasionada. Los gemidos de Laura Cranston sonaban apasionados, roncos. Sus uñas oprimían la nuca de Cole desesperadamente. Su poderosa anatomía vibraba, vital y exultante de deseo…

De súbito, un dedo de ella accionó un anillo del dedo inmediato de la misma mano izquierda. Se alzó la piedra, como si fuese una tapa. Emergió una sutil púa de acero, impregnada de algo oscuro y pegajoso. Esa aguja se dirigió, vertical, hacia el cuello del hombre, aparentemente entregado al momento de pasión.

* * *

Frank Cole parecía una víctima propicia, sólo pendiente en aquellos momentos de la entrega dócil y apasionada de la mujer, en sus brazos.

El impacto de la aguja con la oscura sustancia pegajosa, parecía inexorable, sobre la nuca vencida del hombre.

Todo eso, sólo lo parecía.

Porque tan súbitamente como Laura Cranston actuara sobre él con el secreto aguijón emponzoñado de su anillo, reaccionó Cole vivamente, con una agilidad de movimientos realmente inverosímil, dando una voltereta sobre sí mismo, que proyectó el desnudo cuerpo de la rubia muchacha por el aire, encima de él, y entonces, sin detenerse, frenó el acoso peligrosísimo de aquella mano armada con el anillo venenoso, con un movimiento instintivo, en *Gedan-Barai*, con el antebrazo izquierdo, que frenó la mano homicida.

Después, apenas terminado el espectacular *Mate* o vuelta sobre sí mismo, Frank disparó su brazo derecho en *Oie-Tsuki-Chudan*, contra

los pechos macizos y erectos de la desnuda amante.

Cayó ella atrás, con un jadeo ronco, sus pupilas dilatadas, extrañamente brillantes y duras. Cole se precipitó sobre ella sin perder tiempo. Algo, allá en el fondo de su mente, le había impulsado a ello.

Tuvo razón. Sus temores se confirmaron.

Laura Cranston iba a clavar la aguja emponzoñada de su anillo en su propio cuerpo, deseable escultura de carne bronceada por las caricias del sol de California en su vida deportiva al aire libre.

—¡Fuera eso, Laura! —rugió.

Le arrebató limpiamente del dedo el anillo, y lo arrojó lejos, violentamente. Ella forcejeó, furiosa, como presa de un ataque de histerismo agresivo, pese al tremendo dolor que debía sentir en sus desnudos pechos golpeados. Cole, sin vacilar, pegó un seco impacto en su mentón, no excesivamente fuerte.

Laura quedó inmóvil, inconsciente. Cole, jadeante, se incorporó despacio. Contempló a la desnuda venus rubia, tendida a sus pies. Suspiró, meneando la cabeza con abatimiento:

—Laura… Pobre criatura… Todo esto era una trampa para cazarme… de parte de la *Secta del Dios de Jade*…

Se inclinó. No se comportó duramente con la muchacha. La alzó del suelo, en sus brazos, y la depositó en un sofá, cubriéndola pudorosamente con un cubrecama. Luego alisó sus rubios cabellos. Examinó el rostro, apacible ahora, borrado su tremendo gesto de ira y de odio de segundos antes. Alzó los párpados y escrutó sus pupilas atentamente, a la claridad de una lámpara cuyo interruptor accionó.

—Lo que imaginaba —murmuró—. Esa Secta es mucho más peligrosa de lo imaginable…

Se incorporó, vistiéndose para empezar a actuar. Recogió previamente el anillo de Laura, caído sobre la moqueta. Cerró la piedra, un ópalo impecable, sobre la aguja, que cedió, plegándose dentro del compartimiento oculto. Metió la mortífera joya en una bolsita de plástico, que cerró herméticamente, guardándola en un bolsillo.

Luego enfocó la luz directamente sobre los ojos de Laura. Y comenzó a accionar ante ella un espejo, con rítmicas evoluciones. Ordenó, con voz fría y autoritaria:

—Laura Cranston… Abre tus ojos. Te lo ordeno, ¡Ábrelos! Es una orden… No puedes desobedecer… Borra todo lo demás de tu mente. Obedéceme sólo a mí. Olvida lo anterior y olvida cuanto se te ordenó. Laura Cranston, obedece… ¡Obedece! Yo soy tu dueño, ahora.

Ella, lentamente… abrió los ojos.

Eran ojos muy azules, muy redondos, muy fijos y vidriosos; como perdidos. Clavados en la luz, en el espejo, en los reflejos pausados…

Rígida, como en trance, se mantuvo quieta, tendida en el sofá.

Cole respiró con alivio. Mantuvo el ritmo del espejeante reflejo sobre la faz de la muchacha. Y comenzó a hablar de nuevo. A darle órdenes, a apartar de su mente otras muy distintas. Las borró. Las anuló. Y comenzó a grabar las suyas, paciente y sereno.

Luego, una vez logrado lo que se proponía, la despertó de su trance hipnótico…

* * *

—No es posible, Frank… ¡No es posible! ¿Yo… yo intenté… *matarte*?

—Obedecías órdenes extrañas, Laura. Alguien te inculcó eso. No eres culpable.

—Pero… pero a mí nadie me hipnotizó… —musitó ella, asombrada.

—No lo recuerdas, ahora. Pero te hipnotizaron, sí. Lo confesaste estando en trance. Un hombre, un chino llamado Lin-Hu lo hizo.

—Lin-Hu… No lo recuerdo siquiera. ¿Quién es?

—El hombre que te regaló la estatuilla de jade, el feo dios manco que odias… Te hicieron fiel a sus órdenes, sin tú saberlo. Hipnosis, Laura. Muy sencillo todo.

—Hipnosis… —la rubia muchacha le contempló, atónita, desmoralizada—. Nunca creí en esas cosas, Frank…

—Pero existen y son posibles. Sumamente fáciles, cuando se domina su técnica. Ya pasó. Ahora, nadie podrá hipnotizarte de nuevo.

—¿Ni siquiera tú? —sonrió ella suavemente, insinuante, incorporándose y empezando a permitir que el cubrecama resbalara sobre sus potentes pechos desnudos.

—Ni siquiera yo —rió Cole—. Y menos, para ciertas cosas. Sería un abuso indigno de un hombre de honor. Ahora siento ira y disgusto por haberme dejado seducir por… por lo que inculcaron en tu mente, no por tus verdaderos deseos y sentimientos, Laura, Yo…

—¡Calla! —ella tapó su boca. Se acercó a él, se apretó a su cuerpo, sin importarle su desnudez actual—. Frank, era hipnosis y… y no recuerdo si fui muy feliz… Ahora, ahora *quiero* saberlo. Frank, ya no soy juguete de nadie. Soy sólo una mujer… ¡Ámame, Frank, querido!

Cole quiso decir algo. No pudo. Ella cubría su boca con sus labios sensuales, ávidos. Sus cuerpos volvieron a entrar en contacto. Ahora, sin inhibición alguna. Era ya un mutuo sentimiento que les unía. Sólo tenía en sus brazos a una mujer apasionada, no a una bella máquina de matar, utilizada por una secta de terror…

Capítulo VII
ULTIMATUM

EL dulce tintineo del gong resonó en toda la amplia, recoleta bóveda del recinto, perdiéndose en ecos suaves, cada vez más apagados, por entre las columnas y los paneles lacados del templo.

De los pebeteros subían tenues nubes azuladas de incienso o de sándalo aromatizando el ambiente solemne. En medio de la nave central circular, se erguía el risueño Buda gordezuelo, sentado sobre sus piernas, oronda y feliz la curva de su abdomen, estrechados y apacibles los ojos oblicuos que contemplaban, comprensivos, acaso tiernos, a todo, el que acudiera a rendirle culto. Quizá a toda la humanidad que cercaba con prisas febriles su milenaria paz espiritual.

Kwan Shang terminó de orar. Se incorporó lentamente. Caminó por el suelo bruñido, en el que sus pisadas apenas si producían un leve ruido. Rodeó la efigie de Buda, y se encaminó a una figura silenciosa, que se movía por entre las columnas, encendiendo las velas de los votos a su Dios.

Encendió también Kwan la suya. Luego dejó la varilla de cera con la que prendiera su llama, en el soporte del atril repleto de velas. Se encontró cara a cara con el hombre joven, de pelo lacado, rostro ancho y apacible, vestido con la túnica amarilla del budista.

—¡Hola, hermano Wong-Shen! —saludó el *Dragón de Oro.*

Le miró el religioso sin exteriorizar emoción alguna. Su respuesta fue suave:

—Bien venido, hermano Kwan Shang.

Se miraron los dos hermanos de raza con ojos brillantes a la luz de las velas, sin expresar nada en sus rostros aceitunados. Pero, evidentemente, con mutua simpatía.

—Tienes buena memoria, hermano —dijo Kwan.

—Sí, bastante buena —aceptó el religioso budista de Chinatown—. Sobre todo, con los amigos.

—¿Y con los enemigos?

—Procuro olvidarlos —hizo un leve encogimiento de hombros.

—¿A todos? —insistió Kwan sin quitar sus ojos de él.

—Casi a todos —sonrió sutilmente el joven sacerdote—. ¿Cuál te interesa en particular, hermano?

—Veo que no puedo engañarte —sonrió Kwan, a su vez.

—Es difícil. Hay otras pagodas en Chinatown. No ibas a venir por

casualidad. Ni por visitarme a mí. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. Pero me gusta visitar a los amigos, de todos modos. Esto ha sido sólo una circunstancia. De otro modo, hubiera venido a verte cualquier día, sin motivo alguno por medio.

—Lo sé. Pero hoy no es así. Buscas algo. A alguien.

—Sí, tienes razón —suspiró Kwan, mientras ambos se movían a uno y otro lado de las hileras de velas, encendiendo Wong Shen una tras otra—. Busco algo importante. Pensé que tú podrías ayudarme, si estaba en tu mano hacerlo.

—Mi padre y yo nunca olvidamos un favor ni un amigo —recitó el religioso—. Si está en mi mano darte lo que me pides, cuenta con ello.

—Se trata de una emboscada que ha sufrido nuestra amiga Lena Tiger. Ella está encarcelada, acusada de doble homicidio y robo.

—Lo sé. He leído los periódicos. Me ha visitado la policía. Ella dijo algo que no era cierto, Kwan. Mi padre y yo nunca le pedimos ayuda contra nadie. ¿Por qué mintió?

—No mintió. Dijo lo que creía que era la verdad. Alguien fingió la voz de tu padre y la atrajo a una emboscada. Esta tuvo lugar ante tu propio templo, Wong. Cuando ella venía hacia acá, frente a esas escaleras y los dos dragones de la entrada, pisó algo, unas cápsulas de vidrio, brotó un gas… y se desvaneció. Fue obra de una secta: la del *Ídolo Verde*. Lo hemos comprobado Cole y yo.

—El *Ídolo Verde*… —repitió el religioso, con un estremecimiento. Bajó sus párpados lentamente, sin revelar otro signo de emoción en su rostro redondo—. ¿Es seguro, Kwan?

—Totalmente. He sabido que esa secta acostumbra utilizar mujeres a su servicio.

—Es cierto —afirmó Wong Shen—. Mujeres fanatizadas.

—O hipnotizadas.

—¿Qué? —se sobresaltó el budista.

—Hipnosis, Wong. Es una sospecha de Frank Cole. Dijo que iba a comprobarlo.

—Es posible. Los siervos de esa Secta conocen muchas cosas prohibidas, dominan poderes especiales. Son malos enemigos, Kwan. Muy peligrosos.

—Lo sé. Lo hemos comprobado ya.

—¿Y en qué puedo ayudarte yo? Son criminales. Sus ritos no son religiosos realmente, sino fanáticos. Su dios es solamente un ídolo perverso, símbolo del Mal. No tengo contacto con gente así. Mi fe es todo lo contrario a sus ideas.

—Claro, hermano. Pero tienes que saber algo. Algo que nos interesa conocer: los lugares en que habitualmente puedan reunirse, algún punto determinado donde sus ritos se lleven a cabo. En

Chinatown se habla, se susurra, se comenta… No siempre las cosas que se digan son ciertas, pero sí una gran parte de ellas… Habrá gente adicta a esa Secta que hablará, que dejará escapar alguna palabra a destiempo… Y otros las oirán. Es eso lo que busco, Wong. Conocer, cuando menos, un sitio en el que hallar a miembros y fieles de la Secta…

Wong Shen siguió su paseo. Encendió las últimas velas votivas. Depositó en el atril la varilla, después de apagarla. Permaneció silencioso, erguido, como una silueta amarilla entre las penumbras aromatizadas dulcemente. Su voz fue un vago murmullo:

—Se dicen siempre muchas cosas en Chinatown, sí. No te fíes de todas. Sólo son murmuraciones, rumores. Pero algunos son ciertos, como tú dices. Yo he oído hablar de una cierta pagoda secreta… Un templo oculto a los no iniciados… No es exactamente un templo, sino un lugar subterráneo. Una cripta,

—¿Una cripta?

—La llaman la *Cripta del Dios de Jade* —asintió Wong, caminando hacia la figura redonda de Buda—, O la *Cripta de los Pebeteros Verdes*. He oído su nombre repetidas veces. Siempre como un murmullo. Como algo prohibido y terrible…

—¿Dónde puede estar esa cripta? —se interesó Kwan.

—Nadie lo sabe. Se dan diferentes lugares donde pueda hallarse… —Wong se situó ante Buda, y se puso de rodillas, sin mirar ni una sola vez a su visitante—. Pero existe un lugar en el que oí coincidir algunas murmuraciones y comentarios. Uno solo, Kwan Shang.

—¿Cuál?

Hizo una breve pausa el religioso. Clavó sus ojos almendrados en el rostro apacible y risueño de la gran imagen. Tal vez oraba mentalmente. Pero pronunció unas pocas palabras, dirigidas a su visitante:

—Dicen que un hombre llamado Lin-Hu, es miembro de la secta, Lin-Hu tiene un negocio en Stockton Avenue. Un negocio de comidas y bebidas chinas, junto a un establecimiento de cerámicas chinas, también… Tras el negocio de comidas y bebidas, dicen que hay un fumadero de opio. Y tras el fumadero… *dicen* que puede haber una cripta en el subsuelo… *La Cripta del Dios de Jade*. Lo dicen, solamente, Kwan Shang. Yo no podría jurarlo. Pero lo dicen algunos… y es posible que sea verdad.

—Lin-Hu. Stockton Avenue… —repitió Kwan, asintiendo con un destello de inteligencia en sus ojos oscuros—. Está bien, Wong, hermano. Gracias. Que Buda te ilumine.

—Y él te guíe a ti sin daño, por los laberintos de la vida, hermano —suspiró el religioso de hábito amarillo, inclinándose profundamente

ante la imagen, y hundiéndose en sus oraciones, sin más ceremonias de despedida.

Swan Shang le miró en silencio, y abandonó con rapidez la pagoda de Clay Street.

* * *

El cablegrama llegó a manos de Frank Cole aquel mismo día, apenas regresó a la residencia donde los *Tres Dragones de Oro* se alojaban, en Telegraph Hill, rodeados por una serie de dispositivos electrónicos de seguridad, que les protegían de posibles atentados criminales contra sus personas[2].

El mensaje procedía de Tokio, y era escueto:

> «MAESTRO NGYO SAKAIMO DESCONOCIDO EN REGISTRO INTERNACIONAL *KODAKAN*[3]. POLICIA JAPONESA INFORMA FOSEE ANTECEDENTES COMO DELINCUENTE. SALUDOS, *TARO YONDO.*»

Taro Yondo era un viejo amigo de todos ellos, que las circunstancias dramáticas de un caso al que tuvieron que enfrentarse los *Tres Dragones de Oro*, Lena, Kwan y Cole, pusieron en el camino de los tres *budokas* de San Francisco[4]. Ahora, de nuevo en su Japón natal, seguía siendo para todos ellos un buen amigo y colaborador cuando llegaba, como ahora, un caso en el que se precisaba su ayuda.

—Lo imaginaba —suspiró Cole, guardando el cablegrama, que le serviría para solicitar la ayuda del teniente Dobkin para el arresto e interrogatorio del profesor japonés de Artes Marciales a cuyo *dojo* acudía Laura Cranston habitualmente… desde hacía dos meses. Justamente desde que fue hipnotizada y recibió el siniestro obsequio de una estatuilla de Jade.

Luego, una serie de llamadas telefónicas le dieron otros datos que precisaba. En Chinatown, un hombre llamado Lin Fu poseía en Stockton Avenue un pequeño restaurante y bar típicamente chino, llamado El Dragón Verde. Se rumoreaba que podía ser una simple pantalla para un negocio de fumadero de opio. Pero nunca se pudo probar nada contra él.

Cole tenía ya algunos de los datos que precisaba, para desenmascarar a los sombríos personajes que habían introducido a la alocada hijastra de Ellery Cranston en un mundo de cultos prohibidos y de ritos secretos. En un ambiente donde la hipnosis para convertir a una persona en adicta o en criminal involuntario, parecía ser cosa

habitual. Una *religión* donde el crimen y el lucro formaban parte de su ritual.

Cuando iba a abandonar su residencia, sonó el teléfono. Lo descolgó.

—Frank Cole —dijo—. ¿Quién llama?

—Cole, gracias a Dios… —susurró una voz angustiada—. Le he llamado varias veces, y su teléfono comunicaba… No le llamo desde casa, por miedo a que esté intervenido el teléfono…

—Señor Cranston… —reconoció, en seguida, la voz del millonario —. ¿Sucede algo nuevo?

—Ha llegado el mensaje de los secuestradores.

—Al fin… ¿Qué dicen?

—Dan hora y fecha. El lugar, lo detallarán dentro de dos horas. Esta misma noche deben recibir el dinero. Son doscientos cincuenta mil dólares, ya sabe.

—¿Tiene reunido todo el dinero?

—Todo. Y en un maletín, como la vez anterior. Pero dijeron que en esta ocasión será mejor utilizar una bolsa de deporte, para desorientar a posibles terceros interesados en el asunto. Voy a prepararlo todo.

—¿Quién llevará, esta vez, ese dinero al lugar previsto?

—Se ha ofrecido mi socio, Drury Fisher…

—Espere aún, señor Cranston. Voy a su casa. Creo que tengo a alguien mejor para que haga en esta ocasión el papel de emisario y portador del dinero.

—¿Quién? —dudó la voz del magnate.

—Yo —fue la sencilla respuesta de Cole.

Y colgó.

* * *

El teniente Dobkin contempló con fijeza a Frank Cole.

—¿Usted? —se escandalizó—. ¿Por qué usted, Frank?

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no?

—Sí, pero… es un riesgo innecesario. Mire lo que le pasó al abogado Prescott. Esa gente no juega, si es que realmente se trata de la secta que usted menciona.

—Es la prueba evidente, compréndalo. Tengo que aprehender a esa muchacha de color que capitanea a las luchadoras del uniforme verde. Sólo trayéndola aquí, el fiscal reconsiderará los hechos. No es exacta a Lena, pero a distancia, y en la noche, podría pasar por su hermana gemela. Sobre todo, para quien todos los de color sean parecidos.

—No tendrá protección policial, Cole —le advirtió Cranston—. No podemos correr riesgos. Ni hacérselos correr a la muchacha

secuestrada, ya lo sabe. Una de las condiciones que *Jaguar* ha puesto para el rescate con vida de la joven Molly, es que la policía no esté en las proximidades del lugar señalado.

—Lo sé. Ni siquiera sabemos aún el lugar, teniente. Han de llamar otra vez para notificarlo. Quiero estar para entonces en casa de Cranston.

—Si piensa en tender una trampa al secuestrador, hará peligrar a la chica. Y si la trampa es para los presuntos asesinos, peligrarán todos ustedes. No lo olvide, Cole.

—No olvido nada —suspiró el joven *budoka* con expresión meditativa—. Tendré en cuenta todos los hechos. No voy a dejar al azar, cosa alguna. Tenga en cuenta, teniente, que varias vidas estarán en juego en esos momentos: la del secuestrador, la de Molly… y la mía propia. En primer lugar, protegeré la de esa estatuilla asustada. Luego, la del secuestrador, pese a todo.

—Siempre altruista; siempre pensando más en los demás que en sí mismo, Cole… Me pregunto cómo ha podido llegar nadie a pensar que Lena, una de ustedes, fuese capaz de un crimen tan abominable…

—Ella era la presa más fácil de todos: su niñez y adolescencia en los suburbios, su época de pequeña delincuente, la dura lucha en las calles… Ella no tuvo ocasión de acudir a un *dojo* y ejercitarse allí, haciendo de sus conocimientos y de sus facultades una disciplina de ética, de moral y de dignidad. Pero supo, luego, alcanzar sobradamente todo eso, aprendiéndolo en el más duro de los *aojos*: la vida, con su *tatami* de asfalto, teniente. Sin embargo, para la opinión pública, para los periodistas interesados, todo eso no cuenta luego. Es fácil ensañarse sobre una persona en cuyo pasado hay algo triste y doloroso. Quien hizo todo eso, lo sabía muy bien. Sabía que era el modo de desmembrar a nuestro grupo. Y acertó.

—De todos modos, estamos luchando contra algo muy difícil —resopló el teniente—. Ya le he dicho lo que sucede con esas chicas que me proporcionó usted. Todas ellas están hipnotizadas. No saben nada, no recuerdan nada. Se está intentando, por medio del *pentothal*, que recuerden algo y lo declaren.

—No confíe mucho en ello —suspiró Cole—. Las habrán hipnotizado de forma que, al caer en poder de la policía, no puedan decir gran cosa. Sólo una persona me ha dicho algo positivo: Laura Cranston.

—La hija mayor de los Cranston… —reflexionó Dobkin en voz alta, paseando por su despacho—. ¿Es cierto lo que me ha dicho de que pudo haberle matado?

—Sí, pudo haberlo hecho. Pero actuaba también bajo hipnosis. Con ella, sin embargo, no tuvieron tantas precauciones, quizá porque se

vieron obligados a actuar de prisa para ganarla para su causa, o porque no pensaban que yo pudiera advertirlo a tiempo. Ahora, Laura está a salvo de sus hipnotizadores. Su mente se ha liberado de las órdenes de esas siniestras gentes. Espero que no lleguen a darse cuenta. Serían capaces de matarla, teniente.

—Laura Cranston figuraba entre mis sospechosos como posible participante en el rapto de Molly — apuntó Dobkin, ceñudo—. Ella detesta a la niña, a su hermanastra Molly.

Piensa que puede quitarle el afecto y la herencia de su padrastro…

—Eso, teniente, no puedo quitárselo fácilmente de la cabeza, mediante hipnosis — sonrió Cole, irónico—. Lo único que se puede hacer es confiar en que encuentre un camino que no sea de odio, de rencor o de codicia. Puede hallarlo en las Artes Marciales, pero las practica mitad por snobismo, mitad porque la indujeron mentalmente a hacerlo. No cree en absoluto en lo que está haciendo. Ni el profesor Ngyo Sakaimo es la persona adecuada para enseñarle el *Do* o *Camino*, naturalmente. Ni siquiera era maestro de lucha, en el Japón. Tiene antecedentes delictivos en su país, ¿lo sabía?

—Investigaré eso —hizo Dobkin rápidas anotaciones, mirando, preocupado, a Cole—. ¿Cree que ese japonés tiene algo que ver con la Secta?

—Más que eso, teniente —rió Cole entre dientes, camino de la salida—. Juraría que el viejo japonés del cráneo rapado, es un alto jefe, sacerdote, o como quiera llamarlo, de la *Secta del Dios Manco*. Pero habrá que probarlo. No conviene que, por ahora, le arreste con causa o sin ella. Eso pondría sobre aviso a los demás, y quizá fuese más difícil probar la inocencia de Lena entonces. Limítese a averiguar cuanto pueda de ese japonés. Tal vez la Interpol pueda ayudarle en eso.

—Sí, Cole, lo haré —prometió Dobkin cuando Frank salía de su despacho—. Y, por favor, no olvide tenerme al tanto de todo. No quiero que trabaje a su modo, a espaldas de la policía…

Pero ya Cole estaba alejándose por el corredor del Departamento de Policía, sin comprometerse a nada.

Una vez en la calle, se metió en una cabina de teléfono público y llamó a su residencia. En las líneas telefónicas de ésta no era posible la interferencia extraña. Un circuito electrónico de seguridad, se cuidaba de detectar toda interferencia y anularla automáticamente, pasando la comunicación a una línea secreta, y bloqueando todas las demás, con lo que lo único audible para los posibles espías, serían zumbidos sin significado alguno.

Kwan Shang acababa de llegar. Relató a Cole cuanto había averiguado en la pagoda china de Clay Street. Los ojos de Frank

brillaron.

—De modo que nuestro amigo Lin Hu interviene de nuevo, ¿eh? —comentó.

—¿Conoces de algo a ese chino? —se sorprendió Kwan,

—Te sorprenderías si supieras lo que averigüé, gracias a Laura Cranston —rió Cole entre dientes—. Sí, Kwan; Lin Hu es un peligroso miembro de la Secta, lugarteniente del profesor Ngyo Sakaimo. Ambos están metidos en esto. Iban a utilizar a Laura como instrumento y, de hecho, la están utilizando.

—¿Fue ella la que informó a los sectarios de lo relativo al secuestro de Molly y el rescate?

—No —negó Cole, rotundo—. Hay alguien más metido en esto; no sé todavía quién. No le pidieron a Laura tal información. Sin duda porque no la necesitaban. Ahora escucha, Kwan: voy a ver a los Cranston. Esta noche va a haber movimiento, seguro. Estate alerta. Te llamaré luego.

—Frank, no me gusta quedarme aquí en casa, sin hacer nada, mientras tú…

—Tendrás que hacerlo, por el momento —suspiró Cole—, Aún no sé el plan de batalla para esta noche. Pero no te preocupes por falta de acción. La tendrás, y en abundancia, no lo dudes.

Colgó, encaminándose luego a la residencia Cranston.

Cuando llegó, el mayordomo le hizo pasar con rapidez a un gabinete suntuosamente amueblado. Allí se enfrentó al matrimonio Cranston; Eileen y Ellery. Este tenía el teléfono en la mano, y lo atendía nerviosamente. Eileen le hizo un gesto expresivo, recomendándole silencio y atención.

Cranston, desde el aparato telefónico, le hizo a Cole una seña elocuente. El joven *budoka* supo que estaban comunicando ahora mismo con el raptor de Molly. La tensión flotaba en el ambiente.

—Sí, sí… —decía la voz angustiada del millonario—. Todo está a punto, sí. ¿Adónde puede ser llevado el dinero?

Una pausa. Cole miró un supletorio situado al otro extremo de la casa. Eileen negó vivamente con la cabeza. Tomó un lápiz y un bloc y escribió con rapidez:

«Hemos desconectado todos los supletorios.»

Cole entendió. No querían que nadie más, en la casa, pudiera oír lo que se hablaba allí. Se preguntó qué medidas habrían adoptado para prever una intervención exterior de la línea. Observó que Cranston estaba grabando la conversación con el raptor.

—Pero… pero eso no tiene sentido… —jadeó Cranston, muy pálido —. ¿Cómo… cómo establecer ese contacto y qué… qué lugar podríamos…?

Otra pausa tensa. Frank trataba de adivinar las palabras del interlocutor del millonario o, cuando menos, su intención. Pero era difícil. Lo único cierto es que las cosas no parecían demasiado favorables para el magnate.

—Está bien —resopló—. Sí, así será. Justamente dentro de veinte minutos. Allí estaré sin falta.

Colgó. Se quedó mirando con desesperanza a su esposa y a Cole. Eileen fue hacia él y tomó sus manos, con ansiedad.

—Ellery… —susurró—. ¿Qué hay sobre Molly?

—Ella está bien —dijo, roncamente, el millonario—. Es lo que dice esa maldita voz… Lo que no esperaba es… es lo que ha decidido a última hora.

—¿Le pide más dinero, acaso? —sugirió Frank, suavemente.

Cranston le miró con fijeza. Negó, despacio:

—No, no es eso. El comunicante no se fía de los teléfonos de esta casa. No quiere correr riesgos. Llamará dentro de veinte minutos, exactamente… a la cabina pública de nuestra calle, la situada en la esquina inmediata. Tendré que estar allí, entonces.

—¿Por qué? —enarcó las cejas Cole.

—Sólo yo puedo saber el lugar al que será llevado el dinero. Yo… y el emisario, claro está. Por una razón muy simple.

—¿Cuál?

—Yo mismo debo elegir el sitio fijado para la transacción.

—¿Usted? —se extrañó Cole—. ¿No teme una emboscada, el tal secuestrador?

—Dice que si hay algo raro, matará a Molly en el acto. No quiere más complicaciones. Si ve policía o gente emboscada, no esperará más. La tendrá bajo amenaza de un arma, a su merced. No la soltará hasta tener el dinero y saber que tiene salida libre de allí. Tardará, por lo tanto, algún tiempo en dejar en libertad a mi hija… Cuando ya esté fuera de todo posible cerco.

—Entiendo. ¿Tiene pensado algún lugar, señor Cranston?

—¡Cielos, no! Claro que no —musitó él ahogadamente, estrujándose las manos y cambiando con la madre de Molly, con su segunda esposa, una mirada patética.

—Yo lo tengo —dijo bruscamente Cole.

—¿Usted? —le miró Cranston, perplejo. Una ráfaga de temor, de angustia, cruzó por sus ojos claros y duros, por su rostro anguloso y pálido—, ¡Dios mío, Cole!; tenga cuidado con lo que decide. Es la vida de mi hija la que está en juego, no su propia cuestión personal.

—Señor Cranston, lo último que haría en este mundo, es poner en peligro la vida de su hija. Por el contrario, sería muy fácil confiar en que Molly volvería a usted, sana y salva, sólo porque entrega un

cuarto de millón de dólares. Odio el chantaje, el secuestro y todo lo que signifique coacción humana por la violencia. Va contra mis principios y mi conciencia. Pero no movería un dedo para que esa transacción se realizara si supiera que todo es tan simple. No obstante, recuerde lo sucedido en los muelles. Entonces, la asesina de color sorprendió a ambos bandos. Esta vez, la sorpresa sería relativa, y daría tiempo, quizá, al *Jaguar*, para matar a Molly e intentar la fuga,

—¿Cree que ellos… volverán a intentarlo? —dudó la señora Cranston, con voz temblorosa.

—¿Por qué no? Ya lo intentaron otra vez, señora, Y les salió bien. Necesitan fondos, evidentemente. Un cuarto de millón es un bocado apetecible para ellos.

—Es diferente, ahora. Sólo estamos Ellery, yo… y usted. No funcionan los supletorios, los hice desconectar, hasta nuevo aviso, a la compañía de teléfonos. Nadie en esta casa ha podido oír nada…

—Tal vez eso no sea necesario para que la Secta se entere de todo.

—¿Qué quiere decir? —se inquietó ella—, ¿Pudo traicionarnos alguien?

—Es muy posible. ¿Quiénes supieron, entonces, los detalles de la entrega?

—Todos los Cranston. Ellery, yo… Laura, Shett…

—¿Nadie más?

—Y Fisher, naturalmente —corroboró el millonario—, Mi socio, Drury Fisher, estuvo presente en todo momento, así como el pobre Prescott… ¿Sospecha que alguno…?

—Dejemos eso, ahora. Y centrémonos en esa cabina pública de la calle. Es obvio que le estará vigilando alguien, mientras usted habla. No conviene que le vean conmigo dentro de la cabina. Vaya solo, señor Cranston. Si el secuestrador teme algo, podría ponerse nervioso y anular el acuerdo… o matar a la muchacha.

—¿Y… qué le digo?

—Le da el emplazamiento exacto del lugar elegido para esta noche. Lugar que no repetirán ustedes absolutamente *a nadie* más. Ni a su hija, ni a su sobrino, ni a su socio. A nadie, ¿comprenden?

Los esposos se miraron entre sí, en silencio. Al final, Ellery asintió, enjugándose el sudor del rostro, y consultando su reloj de pulsera.

—Sí, entiendo —afirmó—. Ya hace más de diez minutos, Cole. ¿Bajo a la cabina?

—Vaya allá. Y dé el sitio de nuestro encuentro. Naturalmente, no diga que seré yo el que lleve el dinero. Explique sólo que será un intermediario de toda confianza. Si le insiste y pregunta quién, dígale cualquiera que se le ocurra, menos un miembro de la familia. Me temo que el raptor no confía en nadie. Y tal vez haga bien.

—Ya, sólo falta saber *adónde* debo decirle que se presente esta noche con Molly… — susurró Cranston, caminando hacia la salida del gabinete, con paso relativamente firme.

Frank se lo dijo. El millonario enarcó las cejas, intrigado. Eileen le miró, con un cierto gesto de desorientación. Ninguno parecía entender. Cole repitió sus palabras. El millonario asintió.

—Está bien —dijo—. Es fácil de recordar. Pero ¿por qué ese lugar?

—Es cosa mía —sonrió fríamente Frank Cole—. Vaya, señor Cranston. Y un favor más… No diga a nadie de su familia que soy *yo* quien lleva el dinero… Cuénteles lo que quiera, pero no la verdad. ¿Entendido?

—No —suspiró el hombre de negocios—. Pero lo haré así. Y Dios nos ayude a todos.

—Nos va a hacer falta —admitió Frank, quedándose solo con Eileen Cranston, cuyos dedos se entrelazaban nerviosamente durante toda la conversación.

Se miraron ambos, en silencio, unos instantes, mientras Ellery Cranston se perdía por las estancias de la residencia, camino de la salida.

—¿Cree que resultará todo bien? —musitó Eileen, con voz temblorosa.

—Tiene que resultar —sonrió Cole, animoso. La estudió en silencio y añadió luego—: ¿Muy preocupada por su hija?

—Mucho —el llanto asomó a los ojos de la dama, cuajándose entre sus párpados—. Cada minuto que pasa,

Cole… es como una terrible zozobra, un temor, una angustia más… Molly, mi Molly… Es mía, *mía*, ¿comprende?

—Sí, la comprendo. Imagino que es muy diferente a Laura, a Shett… a todos los demás de esta casa.

—Quiero a Laura, aunque ella no siente lo mismo por mí. Es hija de Ellery, y aunque no esté locamente enamorada de mi esposo, la diferencia de edad y el dinero no significan que no sienta nada por él. Le quiero, le estoy muy agradecida por todo cuanto me dio en la vida. Quisiera que Laura y Shett me comprendieran mejor, pero eso no es posible. Aun con todo eso, es humano que… que Molly sea mi gran debilidad en el mundo, ¿no?

—Muy humano —asintió Cole dulcemente. Oprimió con suavidad el hombro de la dama—. No sufra más. Le prometo rescatar con vida a su hija, sana y salva… Esta vez, no habrá nadie que se interponga en el camino de su liberación, no lo dude. Esa gente no pondrá nuevamente en peligro su vida.

—¿Cree que se han adoptado todas las precauciones posibles? —dudó Eileen Cranston.

—Sí, todas. Lo que no sé es si serán suficientes. Pero el resto depende de mí. Yo no soy el infortunado Prescott. Sé a lo que voy, señora. Y puedo prometerle que, si no terminan conmigo de alguna forma… esta misma noche regresaré aquí, con su hija. Palabra.

Eileen le miró con profunda emoción y gratitud. Luego se inclinó hacia él. Le besó en la mejilla, cálidamente.

—Gracias —susurró—. Le creo. A usted es a la única persona a quien creo…

Capítulo VIII
LA CRIPTA DE LOS PEBETEROS VERDES

FRANK Cole detuvo el automóvil ante su residencia de Telegraph Hill. Se sorprendió al ver al joven Shett Cranston ante la entrada al edificio ajardinado, repleto de medidas de seguridad contra todo posible intruso.

—¿Qué hace usted por aquí, muchacho? —se interesó Cole.

Shett se volvió, acercándose a él con rapidez. Parecía excitado por algo.

—Estaba esperándole, señor Cole —habló atropelladamente—. Me dijeron que usted no estaba, y decidí aguardarle aquí…

—Sí, eso suponía. ¿Por qué no me esperó dentro? En nuestra residencia no hay trampas al estilo de las viejas películas de Fu Manchú, puedo asegurárselo. Y si algo desagradable hay, se reserva solamente para las visitas indeseables. ¿Quiere entrar conmigo?

—No, gracias. Es poco lo que debo decirle, señor Cole. Pero importante, tal vez.

—¿Importante? Vamos, hágalo ya. Le escucho.

—Señor Cole, vengo ahora del *dojo* donde mi prima Laura toma lecciones de *karate*, y *judo*, y todo eso…

—¿Y bien…?

—Ella me dijo que estaría allí hoy. Pues bien: el *dojo* está cerrado, su propietario no está allí, y nadie ha visto a mi prima Laura en parte alguna, aunque unos vecinos aseguran que ella entró en el *dojo* a la hora habitual, si bien las demás chicas alumnas entraron y salieron rápidamente, cerrándose luego el local. Sólo a Laura no la vio nadie salir. Y enfrente hay una escuela de conductores de automóvil, donde siempre se fijan en las chicas que tienen las… las curvas de mi prima, ¿entiende?

—Entiendo —los ojos de Cole brillaron repentinamente, con cierta excitación bien controlada por su fría mente—. ¿Qué sospecha?

—Lo peor. Ese japonés nunca me gustó demasiado, si he de serle sincero.

—¿Un asesinato, acaso? ¿Es lo que sospecha?

—¡Cielos, no! —se horrorizó Shett, estremeciéndose.

—Eso es *lo peor*, Shett —dijo suavemente Cole, dominando lo mejor posible su repentina tensión interior—. ¿Pudieron haberla secuestrado?

—Quizás. ¿Quién nos dice que ese japonés no sea… el *Jaguar* maldito, que tiene en estos momentos a Molly? —sugirió Shett, nerviosísimo.

—No lo creo —suspiró Frank, ceñudo—. Si es alguien, será un personaje mucho más peligroso y cruel que el *Jaguar*, no lo dude. No un simple aficionado a los raptos, sino un profesional del crimen, posiblemente.

—¡Cielos…! ¿Y si Laura está en su poder? ¿Qué puede sucederle?

—Lo peor. Ahí sí estamos los dos de acuerdo —dijo Cole, tajante.

—¡La matarán! —tembló Shett, lívido—. ¡Pueden haberlo hecho ya!

—Lo dudo. Esa clase de personas, si no me equivoco, practican ciertos ritos… Es posible que Laura sea víctima de un sacrificio… en el altar de un dios particularmente cruel.

—¡Cole, es preciso avisar, entonces, a la policía! —gimió Shett, exaltado.

—¡Serénese! La policía no podría hacer gran cosa. Dudo que pudiesen dar con el paradero exacto del escenario donde ese sacrificio tendría lugar…

—Pero… pero ¿es que no vamos a hacer algo, Cole? Me sentía preocupado ya al venir, pero ahora, tras lo que usted ha dicho… me siento realmente aterrorizado.

—Lo creo. Entre conmigo, Shett. Le daré algo que le devuelva la serenidad. Y llamaremos a la policía para que registre el *dojo* de Ngyo Sakaimo y busque a éste por todo San Francisco, aunque dudo que le encuentre. Eso es, por el momento, todo lo que podemos hacer.

—Pero… pero me dijeron que ustedes son como unos nuevos caballeros andantes, una especie de mosqueteros de la época moderna… Que pueden conseguirlo todo, que luchan por ayudar a los que corren peligro…

—Dicen muchas cosas de nosotros. —Cole tomó a Shett por un brazo, y le condujo hacia la puerta de la casa—. Tal vez no todas sean ciertas, pero intentamos hacer cuanto está en nuestra mano para ayudar a los que nos necesitan.

—Laura… Laura les necesita ahora…

—Sí, lo sé. Pero dudo que pudiéramos ayudarla, en este momento, poniéndonos a corretear estérilmente por ahí. Lo que haremos será estudiar la situación y tratar de actuar del mejor modo posible. Créame que, si alguien puede salvar, ahora, la vida de su prima, ese alguien somos nosotros… Confíe en mí, y entre. Se sentirá mucho mejor después…

Dócilmente, el excitado, trémulo Shett Cranston, siguió a Frank Cole al misterioso interior de la residencia de los *Tres Dragones de Oro*.

* * *

Stockton Avenue se iba quedando particularmente desierta al caer la noche, si no era un día festivo o víspera de festivo. La comunidad china de San Francisco era un pueblo laborioso, que madrugaba y trabajaba. No podía permitirse el lujo de trasnochar.

Escasos vehículos circulaban por la zona, a partir de las once de la noche. Muchos establecimientos cerraban, apagando paulatinamente las luces de sus verticales anuncios luminosos, exótica mezcla de letras occidentales y chinas, reduciéndose así la brillante iluminación de las primeras horas, y extendiéndose por la populosa vía de Chinatown una creciente calma, la paz de unas gentes que vivían a la usanza de sus tradiciones orientales, sin prisas, sin escándalo, sin alborotar jamás.

Apenas se apagaron las luces del establecimiento de comidas, té y bebidas chinas, quedándose sin rótulo luminoso, pero todavía con alguna luz tras sus cristales y cortinas de bambú, mientras los últimos clientes rezagados del Dragón Verde consumían sus pedidos, un automóvil rodó silencioso, lentamente, calle arriba, procedente del cruce con Jackson.

Era un «Chevrolet» azul, que se detuvo suavemente junto al bordillo, justamente enfrente del Dragón Verde. Poco más arriba, un teatrillo chino extinguió su iluminación exterior, y quedaron a medio cerrar sus puertas, esperando la salida del público tradicional de tales espectáculos.

El coche permaneció parado, como cualquier otro. Transcurrieron unos minutos, no muchos. Antes de las once y diez, otro coche emergió por Washington Street, rodó un par de manzanas, y se detuvo finalmente en la parte opuesta de la calzada al lugar donde se hallaba el «Chevrolet» azul.

Este último vehículo era un viejo coche oscuro, posiblemente alquilado, de segunda mano, sucio de polvo y con algunas abolladuras en su carrocería. También permaneció quieto, expectante.

Una luz brilló, tenue y rojiza, en la penumbra del asiento, ante el volante. Era la brasa de un cigarrillo, en los labios de alguien que cubría su rostro casi totalmente con un pasamontañas. Las manos al volante, aparecían enguantadas.

Lentamente, el coche azul encendió sus faros, dos veces. Los apagó. Volvió a encenderlos otras tres, para apagarlos luego.

La señal se repitió en los faros del coche viejo. Luego, todo permaneció quieto, sin que nadie asomara en uno ni otro coche.

Finalmente, la portezuela del «Chevrolet» azul se abrió. Descendió de éste una alta figura, con sobretodo gris oscuro y sombrero,

portando una bolsa de deporte en su mano derecha. La bolsa era de color azul fuerte, con cremallera. Sobre la lona, aparecía un famoso distintivo deportivo.

Echó a andar calle arriba, por la amplia acera, ahora desierta, del lugar donde se hallaba El Dragón Verde. Había lloviznado ligeramente toda la tarde, y el asfalto se mostraba húmedo, brillante, reflejando las ya escasas luces de Chinatown en la noche.

Como si todo estuviese convenido, el coche negro se abrió, también. En su portezuela asomó el hombre del pasamontañas al rostro. También llevaba sombrero, y las manos enguantadas, al soltar el volante, no estaban vacías ni mucho menos.

Una esgrimía una pistola automática, provista de tubo silenciador. Apuntó hacia el hombre de la bolsa de lona abultada. Luego, la otra mano señaló hacia atrás, al oscuro compartimiento posterior del coche viejo, donde algo se removía, de vez en cuando.

Entre uno y otro hombre, la calzada de Stockton, en Chinatown, era un vacío absoluto, sin nadie que les pudiese molestar lo más mínimo.

—¡Quieto ahí! —dijo, roncamente, la voz del hombre del pasamontañas, cuando el portador del bolsón azul llegó a mitad de la distancia entre ambos vehículos—. No se mueva. Deje la bolsa en el suelo, junto a ese cesto de papeles. Es todo. Regrese lentamente hacia su coche.

—¿Y la niña? —preguntó una voz ronca, bajo el sombrero.

—Yo me cuido de eso. Recogeré la bolsa y me iré. Si todo va bien, suba hasta el cruce de Stockton y Columbus. Allí la encontrará.

—¿Cómo sé que cumplirá su parte, una vez el dinero en su poder?

—Tendrá que fiarse de mí. No tiene otra alternativa. Eso… o que mate a la niña. Elija.

—Está bien.

Dejó la bolsa junto a un cesto público para papeles, al borde de la acera. Empezó a regresar lentamente. Justo entonces, el otro echó a andar, pistola en mano, apuntándole fijamente, mirando en derredor, escudriñándolo todo, como si temiera algo más que la presencia de su interlocutor en el canje.

Este había vuelto junto al «Chevrolet» azul. Esperaba allí, la mirada fija en el otro hombre, que caminaba agazapado, quizá para hacerse menos identificable.

Se acercó a la bolsa de deporte azul. Ya estaba a menos de tres yardas de ella. Dio unos pasos más. Se inclinó, manteniendo su pistola alzada, apuntando al coche azul y su ocupante.

De repente, estalló la violencia en Stockton Avenue, rompiendo la paz nocturna de Chinatown.

* * *

Las puertas del Dragón Verde se abrieron.

No las del restaurante propiamente dicho, sino las de un almacén inmediato, que todos sabían que se destinaba a guardar licorería y mercancías del negocio de Lin Hu.

Y brotaron por esas puertas hasta una docena de personas ataviadas de verde malla, bajo los impermeables oscuros, sin abotonar. Un nutrido grupo que cercó con rapidez a todos los reunidos en la calle.

Gritó roncamente el secuestrador, intentando, a la vez, aferrar su bolsa azul y disparar el arma, No logró, ni una ni otra cosa.

Una de las figuras de malla verde y de impermeable brillante, cayó sobre él, como un alud. Fue visible a la luz su tez oscura, como bronce intenso, su pelo crepado, sus curvas agresivas… La mulata disparó sus pies, haciendo huir de los dedos del secuestrador el arma de fuego, con una facilidad pasmosa. Luego, su mano zurda se abatió sobre el cuello del *Jaguar* derribándole como un fardo.

El otro hombre, el del «Chevrolet» azul, se lanzó hacia la docena de agresores, descubriendo su sexo femenino, bien ostensible bajo los impermeables oscuros, ya que la malla verde denunciaba unas formas agresivas, unas curvas de mujer joven y vigorosa. Eran doce luchadores dispuestos a todo. Incluso a matar.

—No intente luchar —dijo la negra, encarándose fieramente con él. Alzó sus manos, y mostró en una de ellas una pistola, también silenciosa—. Esta vez no habrá batalla, Cole. Dispararé a matar, si me obliga, Entréguese.

Frank vaciló un momento. Luego asintió.

—Está bien —dijo—. Veo que no hay otro remedio…

—No, no lo hay —silabeó la negra—. Si quiso desafiarnos, peor para usted. Eligieron mal sitio para su transacción. Vamos, entre. No se acerque a ninguna de nosotras lo suficiente para utilizar sus artimañas, o disparo. No le concederé ninguna oportunidad, amigo. Vosotras, recoged a ese secuestrador estúpido. Llevadle adentro con éste.

—Sí —dijo una de las luchadoras—. ¿Y la persona que está en el coche viejo? Allí se mueve alguien…

—Es una niña. Dejadla. Ya la encontrará la policía. Es víctima de un rapto que a nosotros no nos afecta. Ya tenemos cuanto ese rapto podía facilitamos. En marcha.

Se introdujeron en el almacén de mercancías del restaurante chino. Los cierres metálicos descendieron automáticamente, ahora, cerrándolo de modo hermético. Cole se halló en total oscuridad, pero

pronto se abrió una puerta, al fondo, y un rectángulo de luz llegó hasta él.

Rodeado por la nutrida masa de luchadoras hermosas, Cole fue conducido hacia el foco de luz. Resultó ser un corredor. Luego, unas escaleras les llevaron hasta unas dependencias subterráneas, destinadas a literas y compartimientos para fumar, opio.

Sin embargo, no habían llegado aún al lugar elegido como meta de tal peregrinación. Otras escaleras, un muro que giraba sobre invisibles goznes secretos y otros escalones, así como una puerta de hierro, les depositaron en un lugar fantástico e increíble.

La cripta del Dios Verde. El templo prohibido.

Capítulo IX
TRIUNFO ESCONDIDO

LAS amazonas de verde malla, rodearon inmediatamente el lugar donde se hallaba, con una túnica verde intensa, salpicada de dragones, el maligno japonés de cráneo rapado, Ngyo Sakaimo, erguido en una plataforma de piedra verde, circular, situada ante una reproducción gigantesca, también verde, del feo ídolo que viera Cole en la vivienda de los Cranston.

El ídolo, tallado en piedra verde, imitando jade —aquel volumen, en jade auténtico, hubiera sido virtualmente imposible lograrlo—, era de una fealdad espantosa, aumentada por la luz de mil cirios verdes, y el resplandor fosforescente que escapaba, con vaho dulzón, de unos grandes pebeteros verdes, dispersos por la amplia sala abovedada.

Cánticos esotéricos, brotaban de los labios fanáticos de aquellas luchadoras femeninas, mientras el japonés murmuraba rezos ininteligibles entre dientes, invocando a poderes extraños y satánicos, sin duda alguna, bajo la mole impresionante del Ídolo Verde.

Tendida sobre otra piedra verde, salpicada sospechosamente de manchas rojo oscuras hasta su base, aparecía Laura Cranston, sujeta con fuertes correas y cadenas, para que no pudiera moverse. Aparecía semidesnuda, y sobre ella se inclinaba un chino alto, vigoroso y joven, de agradable aspecto y cruel expresión, embadurnando con simbolismos orientales, en pintura verde fluorescente, los pechos, el estómago, vientre y muslos de la infortunada joven.

Las amazonas verdes tiraron brutalmente sobre los escalones de acceso a su ídolo, la figura del secuestrador, cubierto con pasamontañas. Otra llevaba la bolsa de lona azul, repleta de billetes. La entregó al japonés de cráneo pelado. Este rió, al abrir la cremallera y hundir sus dedos en fajos y fajos de billetes usados de cincuenta y veinte dólares, hasta sumar un cuarto de millón.

—Hermanos todos, gozad de este momento —dijo—. Nuestros apuros se ven resueltos. La Secta dispone de fondos suficientes para emprender de nuevo el camino con renovados bríos…

Luego señaló al caído. Dio una orden tajante:

—¡Quitadle la máscara! Me gustaría ver su estúpido rostro… Es sólo un aficionado necio y sin inteligencia…

Las amazonas verdes obedecieron. Actuaban como en trance, brillantes sus ojos, erguidas sus esculturales figuras. Cole las seguía

con mirada atenta. Sabía que todas actuaban bajo hipnosis. Todas, menos una: la mulata luchadora.

El pasamontañas saltó de la cabeza del *Jaguar*. Las amazonas no se inmutaron al ver su identidad, que quizá nada les decía. El japonés comentó algo en su lengua, rió y lanzó un salivazo de desprecio al caído, que se agitaba levemente, recobrando ahora el conocimiento poco a poco.

Frank Cole ni movió un músculo, pese a reconocer, en el acto, al raptor de la pequeña Molly.

El *Jaguar* era Shett Cranston, el sobrino del millonario.

—¡Iniciad el sacrificio! —rugió, ahora, Sakaimo— Y matar a Frank Cole…

* * *

Las amazonas se movieron por la cripta diabólica, como autómatas al servicio de un poder superior. Rodearon la mitad de ellas a Laura Cranston, que se agitó en su piedra o altar de sacrificio, esperando ser sacrificada a la monstruosa deidad verde.

Frank Cole se vio rodeado, a su vez, por una decena de mujeres hermosas, de cuerpos espléndidos y semidesnudos. Pero la situación no tenía nada de sensual ni la posible carga erótica podía emocionar a nadie.

La presencia latente de la Muerte, eclipsaba toda otra idea o emoción humana.

Frank Cole las miró con fijeza. Era un gran luchador, pero no podía con un imposible. Aquélla sería una pugna final, a muerte. Y terminaría con su propia muerte.

Las amazonas empuñaban una especie de largas agujas rematadas en una piedra verde por un lado, y en una punta afiladísima por la otra. Recordaban, vagamente, las agujas de hacer punto, pero terriblemente puntiagudas, capaces de atravesarle con facilidad.

No iban a tener contacto directo con él, esta vez. Lo adivinó en sus gestos. Se limitarían a arrojarle aquellas agujas como dardos. Le atravesarían por cien sitios a la vez. Sería como un juego. Suponía que la muerte sería lenta, para placer de aquellos crueles fanáticos, empeñados no sólo en obtener dinero como fuese, sino dispuestos a deshacerse de las personas que más podían dañarles: los *Tres Dragones de Oro.*

—Con mi muerte, serán dos los eliminados —dijo Cole en voz alta —. Lena y yo… ¿No es ése vuestro plan?

—Tenéis que morir todos los que signifiquéis peligro para nuestro Dios Manco y para sus leales siervos —sentenció el japonés, solemne

—. ¡Matad, siervas del Dios Manco!

Las mujeres luchadoras iban a acribillarle con aquellas agujas. Alzaron sus brazos para convertirle en una criba, en un monstruoso alfiletero de sangre y dolor…

* * *

Entonces, súbitamente, cambió todo.

Cuando Laura iba a ser sacrificada, cuando Frank Cole iba a morir…

Todo cambió de modo radical. Porque Frank se limitó a oprimir algo que llevaba en sus ropas. Un dispositivo que puso en acción el ingenio electrónico situado justamente en el fondo de la bolsa de lona azul, enterrado bajo montones de billetes de Banco.

El dispositivo disparó un resorte. El resorte, accionó el mecanismo.

Una explosión vivísima hizo reventar la bolsa, lanzando los billetes por doquier, en una lluvia de papel moneda, increíble… Pero la explosión, además, disparó sobre el japonés Sakaimo y su fiel servidor Lin Hu, una luz cegadora y un denso humo rojo, que los envolvió. Aullaron ambos, como gritó Laura, aterrorizada.

El asombro paralizó a las luchadoras lo suficiente. Frank Cole disparó sus músculos y, en un increíble salto dé tigre, cayó encima de la mulata, a la que aferró con energía por ambos brazos. Ella trató de soltarse con una llave rápida de *judo*. Pero la luchadora de piel morena había tropezado con la horma justa de su zapato.

Cole eludió la llave, y disparó sus manos como mazos. Una alcanzó de lleno en la sien a la negra. La otra, se hincó en su hígado.

Doblóse ella, vacilante, y en el acto, las manos de Cole, unidas, martillearon secamente su nuca. La negra se desplomó inconsciente a sus pies, cuando ya llovían agujas por el aire, y Frank, agazapado, contenía la respiración, cosa que las demás no hacían.

Lentamente, comenzaron a vacilar, a desplomarse, víctimas del gas que iba invadiendo la cripta de los pebeteros verdes y el monstruoso ídolo manco. Cole, en un portentoso alarde de facultades, sujetaba aún su respiración, y luego extrajo de sus ropas una bolsa plástica, conteniendo un recipiente, también plástico, con aire comprimido respirable.

Era una máscara liviana, muy ligera, pero eficaz. Había aire para unos cinco o seis minutos. Justo lo que duraban los efectos de aquel gas dispuesto en la trampa, para que los sectarios fuesen sorprendidos en su propia madriguera…

Tras él, una tos seca le avisó de algo. Giró la cabeza.

De detrás del ídolo verde, una figura humana surgía, tambaleante,

pálida, demudada, intentando agredirle con un largo, afilado estilete. Pero las fuerzas abandonaban a su enemigo, mientras el rojo vapor invadía sus pulmones.

Se tambaleó ante Frank, con una mirada colérica, impotente.

—Mal…di…to… —jadeó.

Y cayó a sus pies, exánime, vencida su resistencia por el gas narcótico.

Y Frank Cole contempló la figura caída, envuelta en ropajes verdes, con símbolos de máxima sacerdotisa de la *Secta del Ídolo Verde.*

No se sorprendió mucho. Ya lo había sospechado

Era Eileen Cranston, la bella y arrogante esposa del millonario.

FINAL

—¡EILEEN…! Dios mío… Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Señor Cranston, los humanos son seres extraños, a veces. Nunca los llegamos a conocer a fondo. Usted dio todo en este mundo a su joven esposa: dinero, amor, una hija… Pero ella quería más. Mucho más. Quería ser una especie de diosa entre los suyos. Era adoradora de esa diabólica deidad, desde antes de casarse con usted. Luego siguió siéndolo, obtenía dinero y dinero para su causa… Usted notó la sangría, ¿no?

—Sí, Cole. Noté que gastaba mucho. Restringí sus gastos…

—No eran gastos. Eran aportaciones a los fondos de su Secta, Cuando no tuvo dinero, y cuando al necio de su sobrino se le ocurrió raptar a Molly, para obtener dinero también para sus vicios, adoptando el ridículo nombre de el *Jaguar*, su esposa, señor Cranston, resolvió obtener el dinero por otros medios, y planeó ese juego.

—Pero usted… ¿usted sabía…?

—¿Que ella era miembro de la Secta? Lo sospechaba. ¿Que fue quien informó a su gente del canje por Molly? También. Pero tenía que probarlo. Lo probé, cuando me vi capturado. Sólo usted y ella sabían… Ella tuvo que ser, por lo tanto.

—Pero… pero Eileen amaba a Molly. Decía amarla…

—Era verdad. Podía repartir sus amores de esa forma, sí. No trató de poner en peligro a Molly. La primera vez, pensó que además de todo eso, rescataría a la niña, pero falló su plan, y estaba realmente preocupada. Por eso, esta vez, dio orden de que dejaran a la niña en el coche, para ser recuperada por la policía sin problemas. Y haría matar al raptor, fuese quien fuese, junto con la persona que más odiaba: Laura, su hijastra…

—Dios mío… ¡Cuánta maldad…!

—Sí. Eileen no era buena, señor Cranston. Ella no estaba sometida a hipnosis. Era una convencida, una fanática. El fanatismo es malo para todos. Esto lo ha probado claramente. Ahora, le quedan dos consuelos: Laura y Molly. Sus dos hijas. Sin Eileen aquí, descubrirá que ellas dos pueden quererse como hermanas de verdad. Laura es una gran chica, en el fondo, estoy seguro. Espero que vuelva a un *dojo*, pero por vocación. Y que halle su *Camino* en las Artes Marciales, hallándose a sí misma. En cuanto a Molly, es todavía casi una niña, y parece encantadora. Con Laura se llevará bien, sin la influencia materna ahora. Y, como observé en su primer mensaje, ella siempre le

nombra primero a usted, en vez de a su madre. Eso es significativo. Quiere decir que, en el fondo, acaso su mente infantil veía algo oscuro en su madre. Depositará todo su cariño en usted, no lo dude. Ahora… Kwan y yo nos vamos. Tenemos que descansar. Mi amigo Kwan hizo, también, su parte, llegando con la policía a la cripta del Dios de Jade, cuando ya todo estaba arreglado…

—¿No puedo compensarles en alguna forma, Cole?

—Sí —sonrió Frank—. Ya se lo dije. Ayudando a su hija Laura a hallar su *Camino*. Lo merece, créame. Ahora tenemos prisa. Aún hemos de sacar de una horrible celda a nuestra amiga Lena… aunque imagino que ya estará fuera de su encierro, por orden del fiscal. Otra mulatita, mucho menos agradable, ocupará su lugar… ¡Adiós, señor Cranston!

—¡Adiós, Cole! Y gracias. Nunca olvidaré a los *Dragones de Oro*…

Sonrió Frank. Y salió, seguido por Kwan Shang. En sus rostros, se veía asomar la felicidad, la satisfacción por el deber cumplido.

FIN







EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

1 Véanse títulos anteriores de esta Colección, como Tres Dragones de Oro, La Máscara Kendo y La sombra del Samurai, Todos del mismo autor, y con los personajes de este relato como protagonistas comunes a dichos relatos. (N. del E.)

2 La Máscara Kendo, de esta misma colección, para una más amplia referencia de las peculiaridades del domicilio de Los Tres Dragones de Oro.

3 Kodakan: Centro Mundial del Judo en Tokio.

4 La sombra del Samurai, título anterior de estos personajes, dentro de la colección ¡Kiai! (N. del E.)